

The
PRAYER
of the
LORD



R. C. SPROUL

BEST-SELLING AUTHOR OF *The Holiness of God*

LA ORACIÓN DEL SEÑOR

R.C. SPROUL

Tabla de contenido

| | | |
|---|------------------|----|
| LA ORACIÓN DEL SEÑOR | R.C. SPROUL..... | 2 |
| Tabla de contenido | | 3 |
| Respaldos..... | | 8 |
| CONTENIDO | | 15 |
| 'La vida de oración del Maestro | | 17 |
| Cómo evitar las prácticas hipócritas | | 18 |
| Una fachada de hipocresía | | 20 |
| Evitar las prácticas paganas | | 21 |
| Orando al Dios que ya sabe..... | | 23 |
| Un privilegio de adopción..... | | 27 |
| ¿Qué hace que el cristianismo sea cristiano?..... | | 29 |
| 'La vecindad universal del hombre..... | | 30 |
| 'La sacralidad del nombre de Dios | | 34 |
| 'La importancia de nuestros fiordos | | 35 |
| 'La petición fundacional | | 37 |
| Rechazando a Dios como Rey..... | | 41 |
| Rechazando a Cristo como Rey..... | | 43 |
| 'El Reino del Mesías | | 44 |
| El significado que Jesús quería transmitir | | 49 |

| | |
|---|----|
| "Si es tu voluntad..." | 50 |
| 'El Dios que da..... | 54 |
| Confiando en Dios día a día..... | 56 |
| Pan del cielo | 58 |
| En deuda con Dios | 61 |
| Una deuda imposible..... | 62 |
| El pecado como crimen y enemistad..... | 63 |
| ¿Por qué los hombres odian el bacalao? | 64 |
| Una condición aterradora..... | 66 |
| Un mal específico | 70 |
| Pruebas bíblicas de fe..... | 71 |
| Nosotros las acusaciones del diablo..... | 74 |
| 'Cosas que son tontas' | 77 |
| 'El Dios de todo poder | 78 |
| Gloria a Dios solamente..... | 79 |
| APÉNDICE: SI DIOS ES SOBERANO, ¿POR QUÉ ORAR? | 85 |
| 'La eficacia de la oración | 86 |
| Las leyes "naturales" de Dios | 88 |
| Las oraciones como medios para alcanzar los fines de Dios | 89 |
| Cumplir promesas en contexto..... | 90 |
| ÍNDICE DE TEMAS..... | 93 |
| Y..... | 93 |

| | |
|---------------------------|-----|
| NOMBRES | 93 |
| ÍNDICE DE LAS..... | 100 |
| SAGRADAS ESCRITURAS | 100 |
| ACERCA DEL AUTOR | 108 |

Copyrighted Material

The
PRAYER
of the
LORD



R.C. SPROUL

BEST-SELLING AUTHOR OF *The Holiness of God*

Copyrighted Material

The
PRAYER
of the
LORD



R.C. SPROUL

BEST-SELLING AUTHOR OF *The Holiness of God*

Respaldos

RC Sproul tiene un don asombroso para explicar verdades difíciles de manera concisa, fácil de recordar y de entender. Es el maestro ideal para estudiar el Padre Nuestro, porque la oración en sí es una lección profunda sobre un tema difícil, dada por Jesús a sus discípulos con una asombrosa economía de palabras. Este libro le será de gran bendición y edificación.

-Dr. John MacArthur

Pastor/maestro

Iglesia Comunitaria de la Gracia

Valle del sol, California

He aquí un libro muy especial sobre la oración. No le dejará abrumado por el fracaso y aplastado a la hora de "darle otra oportunidad a la oración", como hacen muchos libros y sermones sobre la oración. En cambio, le llevará suavemente de la mano, como lo hizo Jesús cuando enseñó a los discípulos la oración en la que se basan estas páginas. Le hará sentir el privilegio de la oración, estimulará nuevos deseos de orar e incluso le dejará con una sensación de los placeres de la oración. Estas páginas tienen una atmósfera de luz y están impregnadas de una sensación de frescura y alegría. Feliz, en verdad, es el teólogo que puede estimular la oración. Y felices somos de que RC Sproul se haya convertido en un teólogo así. La oración del Señor es, sencillamente, un regalo espiritual.

-Dr. Sinclair B. Ferguson

Ministro de alto rango

Primera Iglesia Presbiteriana

Columbia, Carolina del Sur

Me encanta escuchar a RC Sproul enseñar, y este libro suena como él: verdades penetrantes ilustradas de manera sorprendente. Sus buenas citas y sabiduría pastoral hacen que sea tan fácil de leer como agradable de escuchar (¡y los capítulos cortos ayudan!). Sproul explica claramente las Escrituras con oraciones que son simples y precisas. Sabe lo suficiente para decir cosas importantes de manera concisa y clara: verdades sobre el reino, la paternidad de Dios, la historia y, por supuesto, la oración. Incluso hay una útil sección de preguntas y respuestas al final. Este pequeño libro ahora ocupa su lugar junto a los clásicos sobre la oración.

-Doctor Mark Dever

Pastor principal

Iglesia Bautista de Capitol Hill

Washington, D.C.

Históricamente, la formación de discípulos en la iglesia, impulsada por el Evangelio, ha hecho pleno uso del Credo de los Apóstoles, la Ley de Dios y el Padre Nuestro. Ahora, mediante esta maravillosa y perspicaz exposición del Padre Nuestro, la Iglesia Católica Romana ha proporcionado a los cristianos y a las iglesias que hacen discípulos un instrumento excelente y útil para dirigir y cumplir el deseo del corazón de cada creyente que clame: "Señor, enséñanos a orar".

-DOCTOR HARRY L. REEDER, III

Pastor/maestro

Iglesia Presbiteriana de Briarwood

Birmingham, Alabama

El Dr. RC Sproul fue mi primer profesor de teología. Como nuevo cristiano, aprendí muchísimo sobre teología, filosofía e historia de la iglesia mientras escuchaba la emisión radial Renueva tu Mente. Ahora, en La Oración del Señor, el Dr. Sproul aporta sus considerables dones y recursos teológicos, filosóficos e históricos para abordar el tema vital de la oración. Un tema de tanta importancia merece un maestro de tanta habilidad. Además de todas las otras cosas que me ha enseñado el Dr. Sproul, es un privilegio que me guíe a través de las prioridades de nuestro Salvador en la oración. Lea este breve libro y tendrá ante sí un modelo para una vida de oración.

-REV. IHABITI ANYABWILE

Pastor principal

Primera Iglesia Bautista

Gran Caimán, Islas Caimán

THE
P R A Y E R

OF THE
L O R D



R . C . S P R O U L

℞

Reformation Trust

P U B L I S H I N G

A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES ORLANDO FLORIDA

The Prayer of the Lord

© Copyright 2009 by R. C. Sproul

Published by Reformation Trust

a division of Ligonier Ministries

400 Technology Park, Lake Mary, FL 32746

www.Ligonier.org

www.ReformationTrust.com

Printed in the United States of America

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means—electronic, mechanical, photocopy, recording, or otherwise—without the prior written permission of the publisher, Reformation Trust. The only exception is brief quotations in published reviews.

Cover design: Gearbox Studios

Interior design and typeset: Katherine Lloyd, Colorado Springs, Colo.

All Scripture quotations are taken from the New King James Version®.

Copyright © 1982 by Thomas Nelson. Used by permission. All rights reserved.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Sproul, R. C. (Robert Charles), 1939-

The prayer of the Lord / R.C. Sproul.

p. cm.

Includes indexes.

ISBN 978-1-56769-118-4

1. Lord's prayer--Criticism, interpretation, etc. 2. Prayer--Reformed Church.

I. Title.

BV230.S65 2009

226.9'6077--dc22

2009001247

'A la gente de Saint Andrew's en Sanford, Florida.



CONTENIDO

1. Cómo no orar
 2. Padre Nuestro que estás en los Cielos
 3. Santificado sea Tu Nombre
 4. Venga tu reino
 5. Hágase tu voluntad
 6. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy
 7. Perdónanos nuestras deudas
 8. No nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal
 9. Tuyo es el Reino
 10. Preguntas y respuestas
- Apéndice: Si Dios es soberano, ¿por qué orar?
- Índice de Temas y Nombres
- Índice de las Escrituras



CÓMO NO ORAR

Hace unos años, cuando me encontraba en San Diego para asistir a una conferencia, me encontré inesperadamente con un viejo amigo mío, George Miladin. George es pianista y profesor de piano. Solía presentar un programa de enseñanza televisado para piano llamado "See and Hear Piano Series". Volver a ver a George me presentó una oportunidad de oro, así que después de una de las sesiones plenarias de la conferencia, agarré a George y le dije: "Vamos a buscar un piano". Buscamos por toda la iglesia hasta que encontramos una sala de ensayo del coro, entramos y cerramos la puerta. Le dije a George: "Enséñame algunas cosas sobre el piano", porque me encanta tocar el piano y aprender pequeñas cosas nuevas. Entonces George, el profesor de piano, se sentó al piano y me mostró un par de pequeñas técnicas que usa en su repertorio.

Pensé en eso después, en lo ansiosa que estaba por hablar con George para que me enseñara a hacer algo que yo no sabía hacer. Me desvivo por pedirle a una persona que me enseñe algo si siento una gran admiración por su habilidad o destreza en una habilidad o arte en particular, particularmente si es algo que me interesa.

Hubo un momento durante el ministerio terrenal de Jesús cuando sus discípulos tuvieron la oportunidad de hacer lo mismo que yo hice con mi amigo George. Tuvieron la oportunidad de pedirle al Maestro que les enseñara algo. Por supuesto, Jesús ya les había estado enseñando diariamente desde hacía algún tiempo. Cada uno de ellos se había inscrito en su escuela, convirtiéndose en un mathetes, un "aprendiz" o "estudiante". Se inscribieron cuando Jesús les dijo: "Sígueme". Cuando dijo eso, lo dijo en sentido literal. Su escuela no estaba ubicada en un edificio y no tenía un horario regular de clases. Jesús era un rabino que tenía un ministerio itinerante; es decir, se movía de aldea en aldea, y sus discípulos iban con él, formando una especie de séquito. Cuando Jesús llamó a los discípulos, no solo les estaba diciendo: "Sigán mis enseñanzas". Literalmente quería que lo

siguieran. Así que estos hombres se reunieron alrededor de Jesús y caminaron detrás de él, tratando de memorizar la enseñanza que les daba mientras caminaban por los caminos. Obviamente, obtuvieron más de lo que esperaban. No sólo aprendieron las grandes verdades de las Escrituras al seguir a Jesús, sino que también recibieron el inefable privilegio de ser testigos oculares de la multitud de milagros que Jesús realizó.

Imagínense cómo debió haber sido tener el privilegio de seguir a Jesús día tras día, escuchando sus enseñanzas y viéndolo realizar sus milagros. Puedo pensar en muchas cosas que podrían haberle pedido que les enseñara. Los discípulos podrían haber ido a Él y decirle: “Jesús, enséñanos a convertir el agua en vino”. Podrían haberle pedido: “Enséñanos a caminar sobre el agua”. O podrían haberle dicho: “Enséñanos a resucitar a la gente de entre los muertos”. Esas son las clases de preguntas que yo le habría hecho. Pero el Nuevo Testamento nos cuenta una petición diferente que los discípulos le hicieron a Jesús. Se acercaron a Él en una ocasión, como Lucas nos lo registra en su Evangelio, y le dijeron: “Señor, enséñanos a orar” (Lucas 11:1b). Me parece fascinante que esta fuera la pregunta candente que le hicieron a Jesús. Querían obtener una visión especial de la oración como una habilidad o un arte.

'La vida de oración del Maestro

¿Por qué le hicieron esta pregunta? Supongo que vieron el vínculo entre la extraordinaria vida de oración de Jesús y su poder, su enseñanza, su carácter, toda su persona. Debieron haber notado que después de ministrar a grandes multitudes de personas, Jesús a menudo se retiraba solo. Debió haberse sentido agotado de ese ministerio. Durante esos momentos, Jesús no se retiraba simplemente por media hora o algo así, sino que se apartaba por largos períodos, y cuando lo hacía, generalmente pasaba gran parte del tiempo en intensas temporadas de oración. Sabemos de la intensidad de su oración en el Huerto de Getsemaní, cuando oró con tal estrés y fervor que su sudor era como grandes gotas de sangre. Sabemos que antes de seleccionar a sus discípulos y llamarlos para que lo siguieran, pasó toda la noche solo en oración. Los discípulos no pudieron evitar notar este compromiso con la oración. Vieron la intimidad que Jesús tenía con el Padre y establecieron la conexión entre su oración y su poder.

Así que se acercaron a Jesús y le pidieron: «Señor, enséñanos a orar». Y añadieron una pequeña declaración: «... como también Juan enseñó a sus discípulos» (Lucas 11:1c). No sólo habían notado el carácter extraordinario de Jesús, sino que también lo habían visto en

Juan el Bautista y en los seguidores de Juan, muchos de los cuales habían transferido su devoción a Cristo después de que Juan se lo había señalado.

No sólo me sorprende que los discípulos le hayan planteado a Jesús esta petición en particular, sino que también me sorprende un poco cómo respondió. No se me ocurriría sugerir que podría haber dado una respuesta mejor. Simplemente habría pensado que Jesús habría dicho a sus discípulos: «Si de verdad queréis aprender a orar, sumergíos en los Salmos», porque en el libro de los Salmos tenemos una colección de oraciones que fueron dadas bajo la inspiración de Dios el Espíritu Santo. Como nos dice el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo está activo para ayudarnos en nuestra oración. No somos muy expertos en la oración; es una práctica que muy pocos de nosotros hemos dominado. Nos resulta difícil expresar nuestros sentimientos y preocupaciones más profundos a Dios. Sin embargo, Dios se complace en darnos su Espíritu Santo para ayudarnos a expresarnos al Padre en la oración. Y lo hizo, obviamente, con los salmistas del Antiguo Testamento.

También me han interesado algunas de las evaluaciones de los historiadores de la iglesia, que han demostrado que durante aquellos períodos en que la iglesia floreció, cuando se manifestó una gran vitalidad espiritual y cuando el culto alcanzó su apogeo -en resumen, durante períodos de renovación especial- los Salmos estaban en el corazón y centro de la liturgia de la iglesia y de la vida devocional del pueblo. Es evidente que quienes aprenden a meditar profundamente en los Salmos experimentan el modelo supremo de oración del Antiguo Testamento que es provocado por Dios el Espíritu Santo. Por eso, yo sugeriría que si realmente quieren aprender a orar y descubrir los tipos de oraciones que agradan a Dios, deberían sumergirse en los Salmos.

Cómo evitar las prácticas hipócritas

Jesús no respondió así a la pregunta de sus discípulos. En lugar de eso, les recitó lo que hoy llamamos el Padrenuestro, no porque fuera una oración que Él mismo rezaba, sino porque era la oración que Él proveía para Sus seguidores. Pero antes de pronunciar la oración, hizo algunas observaciones preliminares que no debemos pasar por alto. En el relato de Mateo sobre la entrega del Padrenuestro, que está registrado como parte del Sermón del Monte, Jesús dijo primero a Sus discípulos:

“Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, porque ellos aman orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres. De cierto os digo que ya tienen su recompensa. Pero tú, cuando ores, entra en tu aposento, y

cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público. Y cuando oréis, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán escuchados” (Mateo 6:5-7).

Los discípulos buscaban instrucciones sobre cómo orar, pero lo primero que Jesús decidió decirles fue cómo no orar. En estos versículos, estableció dos restricciones sobre la oración, y debemos tomarlas en serio porque Dios no se siente honrado ni complacido con la oración del tipo que Jesús mencionó aquí.

El primer tipo de oración que Jesús condenó es la oración hipócrita. El término hipocresía en el Nuevo Testamento proviene de la cultura de la época, donde un hipócrita era alguien que participaba en el drama, en el teatro. Estaba actuando. Lo que estaba haciendo no era real. Por lo tanto, el significado original del término no tenía nada que ver con la insinceridad: hoy en día no acusamos a los actores de ser hipócritas o insinceros simplemente porque están desempeñando un papel que no corresponde a sus vidas reales. Pero Jesús aplicó la palabra a las personas que estaban haciendo los movimientos de la oración, haciendo una gran demostración externa de piedad, pero cuyo estado real no coincidía con esta demostración externa. Su piedad era una farsa; era falsa y fraudulenta. Era una forma falsa de piedad, una que había sido dominada por los fariseos. La oración, para ellos, era un negocio. La oración era algo que se esperaba de las personas en sus posiciones, por lo que hacían una exhibición pública de su piedad.

Cuando era estudiante de seminario, tuve la desafortunada experiencia de asistir a una escuela que estaba en su primer año después de la fusión de dos seminarios, y la nueva administración estaba comprometida a convertir el seminario en una universidad teológica en lugar de una escuela de teología típica. Los administradores tenían metas elevadas para la excelencia académica de la escuela. Nosotros, los estudiantes, éramos los conejillos de indias de eso, antes de que los administradores pudieran hacer ciertas correcciones. Mientras estuve en el seminario, se nos exigía que escribiéramos trabajos finales de más de doscientas páginas por año. Y nuestras listas de lectura eran tan largas que teníamos que leer la primera línea de cada párrafo del libro para cumplir con los requisitos. Recuerdo haber escrito un informe de veinte páginas sobre un libro que ni siquiera había leído, y recibí una "A" por mi esfuerzo. Había estudiado filosofía, y se trataba de un libro de Martin Buber. Había estudiado la filosofía existencialista de Buber, así que simplemente supuse que, en este libro, aplicaba su filosofía existencialista a la teología, y lo critiqué por eso. Pero, como dije, no leí el libro: ese era el tipo de cosas que teníamos que hacer para completar esas tareas.

Lo que me pareció la peor tarea fue la que me hicieron en la clase de sociología de la religión, en la que nos pidieron que escribiéramos un ensayo de veinte páginas en el que analizáramos la imagen del ministro en la cultura contemporánea. Tuvimos que hojear revistas y páginas de cómics de los periódicos para encontrar imágenes de ministros y observar cómo se los retrataba en la televisión y en las películas. Cuando nos dieron la tarea y salimos por la puerta, empezamos a cantar espontáneamente "MICKEY MOUSE". Era una tarea que considerábamos "Mickey Mouse", y que no merecía nuestro tiempo.

Sin embargo, para mi total asombro, cuando hice el estudio para ese artículo, hice un descubrimiento que me viene a la mente cada vez que veo a un ministro en la televisión o en las películas. Descubrí que, en nuestra cultura actual, el ministro es caricaturizado, en primer lugar, como un tipo amargado, que tiene los labios fruncidos y que tiene un aura de superioridad a su alrededor, y en segundo lugar, como un tipo cobarde, un hombre carente de masculinidad. Esa imagen se transfiere del ministro a los cristianos en general, de modo que se considera que los creyentes practican una postura de santurronería.

Durante ese tiempo en el seminario, me sentí agradecido cuando se inauguró un campo de golf cerca de mi casa y el dueño me invitó a jugar allí con un descuento ministerial, a pesar de que todavía no estaba ordenado, pero estaba sirviendo como pastor de estudiantes en una iglesia cercana. Pero sucedió que cuando entré y me inscribí, la persona detrás del mostrador me miró y dijo: "No pareces un ministro". Le dije: "¿En serio? ¿Cómo se supone que debe verse un ministro?" No recuerdo su respuesta, pero fuera lo que fuese, yo no encajaba en su imagen, y me sentí sumamente agradecido por eso a la luz de esta caricatura que está tan extendida en nuestra cultura.

Una fachada de hipocresía

¿De dónde ha surgido esta caricatura? Me temo que se debe a que los ministros adoptan con demasiada frecuencia la postura que Jesús nos enseña a evitar: la postura que nos hace parecer más santos que todos los que nos rodean. Esta postura es una fachada de hipocresía. La hipocresía tiene un impacto devastador en la vida de la iglesia y en la representación del cristianismo ante un mundo moribundo. Por eso nuestro Señor nos advierte aquí que no hagamos alarde de nuestra piedad ante el mundo.

En este punto debemos tener cuidado, porque a los cristianos se nos ha ordenado dar testimonio de nuestra fe, lo que significa hacer visible lo invisible. Pero a veces pensamos

que una de las principales maneras de dar testimonio a la gente es demostrando nuestra espiritualidad cristiana con la oración pública. Eso es peligroso, porque la motivación de la oración no es mostrar nuestra espiritualidad ante el mundo que nos observa. La oración debe ser algo intensamente privado. Eso no quiere decir que el cristianismo deba ser algo privado. He oído a gente en programas de entrevistas decir: "Nunca hablo de mi religión porque la religión es algo intensamente personal y privado". Bueno, estoy de acuerdo con la mitad de esa tesis. Ciertamente, el cristianismo es personal, pero no es privado. El Nuevo Testamento nos da todo tipo de mandatos para declarar nuestra fe públicamente. No existe tal cosa como un cristiano encubierto; debemos dar testimonio al mundo de nuestro compromiso con Cristo y no ocultarlo. Sin embargo, la oración implica un tipo especial de comunión. Es parte de la relación especial entre Dios y un creyente individualmente o la iglesia corporativamente. No tiene como objetivo mostrar nada acerca de la persona que ora.

No sé cuántas veces he estado en un servicio de adoración y he escuchado al ministro rezar la oración pastoral de tal manera que me he preguntado a quién le estaba hablando. Cuando eso sucede, uno tiene la extraña sensación de que el ministro no está hablando con Dios sino con los que estamos en la congregación. Nos tiene allí como una audiencia cautiva, con los ojos cerrados, en silencio y tratando de concentrarnos en lo que está diciendo, pero en realidad deberíamos estar escuchando a escondidas, por así decirlo, al pastor mientras se dirige a Dios por nosotros. Él nos está representando ante la presencia de Dios; eso significa que sus palabras no son principalmente para nuestros oídos. Pero si no está hablando conscientemente a Dios, no está orando correctamente.

Así como Jesús advirtió contra la oración pública de manera hipócrita, también alentó la oración privada. Dijo: "Entra en tu aposento, cierra la puerta y postrate sobre tu rostro delante de Dios, y el Padre que te escucha en secreto te recompensará en público". A Dios no le interesan nuestras demostraciones públicas de piedad. No le interesa la religión en términos de apariencia externa. Le interesa la piedad. Nuestra vida espiritual es un medio para alcanzar el fin de la piedad, y la oración es uno de los aspectos clave de nuestra espiritualidad.

Evitar las prácticas paganas

El segundo tipo de oración que Jesús condenó es la oración pagana. Dijo: "Y cuando oréis, no uséis vanas repeticiones, como hacen los paganos, que piensan que por su palabrería

serán escuchados”. Jesús estaba diciendo aquí que no debemos considerar la oración como una especie de encantamiento mágico, porque así es como oran los paganos. Recitan ciertas frases una y otra vez, sin entender lo que significan las palabras. En estos contextos, las oraciones se utilizan como mantras, con la esperanza de que cambien el entorno o las circunstancias en las que vive una persona. El pensamiento de la Nueva Era está lleno de este tipo de cosas. Jesús no recomendó tales ejercicios como formas piadosas de oración; más bien, vinculó el uso de vanas repeticiones al paganismo.

Los cristianos pueden caer fácilmente en el hábito de orar de manera repetitiva, sin poner en práctica sus pensamientos. A veces me molesta cuando los cristianos se reúnen para una comida y el anfitrión le dice a alguien que está allí: "Juan, ¿podrías decir la bendición por nosotros?". El anfitrión no pide que alguien dirija la oración, sino que diga la bendición. Ese tipo de lenguaje sugiere una mera recitación, no una oración que salga del corazón.

Incluso podemos tratar el Padrenuestro de esta manera. El Padrenuestro es una parte integral del culto de multitudes de cristianos. Los servicios de adoración a menudo incluyen la recitación del Padrenuestro. El uso del Padrenuestro tiene una rica historia en la iglesia, y cada vez que lo rezamos o lo escuchamos, recordamos las prioridades que Jesús nos presenta como objetos de oración. No me malinterpreten: no me opongo a la recitación del Padrenuestro. Sin embargo, existe el peligro de que este uso de la oración no sea más que una recitación. La oración del Padrenuestro puede convertirse en una repetición tan absurda y vana como los encantamientos mágicos y los mantras que usan los paganos.

Jesús no dio el Padrenuestro con la intención de que se repitiera sin pensar. Cuando rezamos el Padrenuestro, debemos hacerlo con atención, prestando atención mental a su contenido. No es un mantra para repetir sin la participación de la mente o el corazón. Es un ejemplo de oración piadosa.

Por supuesto, la repetición tiene un gran valor. A menudo he dicho que una de mis liturgias favoritas en la vida de la Iglesia es la ceremonia tradicional del matrimonio. Lo habéis oído muchas veces: “Queridos hermanos, nos hemos reunido aquí hoy en presencia de Dios y de estos testigos para unir a este hombre y a esta mujer en los sagrados vínculos del matrimonio, que fue instituido por Dios”, y así sucesivamente. Es un servicio muy breve. Contiene promesas, votos, encargos y oraciones. Para mí, cuanto más a menudo dirijo esta liturgia o la escucho, más bendecido soy por su contenido. Es decir, cuanto más me familiarizo con el lenguaje, más pienso y medito en él, y veo de nuevo cuán rico es para explicarnos la santidad del matrimonio. Lo mismo ocurre con el Padre Nuestro. Escucharlo

una y otra vez puede llevarnos a una repetición sin sentido, pero también puede grabar a fuego estas palabras y los principios subyacentes en nuestras mentes. La repetición en sí misma no es algo malo. De hecho, es uno de los ingredientes más importantes del aprendizaje, porque es rara la persona que domina un concepto o un principio al escucharlo una vez.

Había un gran profesor de piano que estaba enseñando escalas a uno de sus alumnos, y el alumno se aburría muchísimo. El alumno le dijo: "No quiero tocar escalas. Quiero tocar como Van Cliburn. Quiero tocar como un gran virtuoso del piano". El profesor le respondió: "Sabes, puede que nunca puedas tocar el piano como Van Cliburn; de hecho, con toda probabilidad no podrás dominar este instrumento al nivel que él lo ha hecho. Pero hay una cosa que sí puedes hacer como Van Cliburn". El alumno preguntó: "¿Qué es eso?" Y el profesor le dijo: "Puedes tocar tus escalas". Luego añadió: "No pienses nunca que Van Cliburn se convirtió en Van Cliburn sin hacer las escalas una y otra vez para que esos tonos se convirtieran en algo natural para él".

Ése es el beneficio de rezar una oración como el Padre Nuestro una y otra vez. Se convierte en parte de la estructura de nuestro pensamiento. Comienza a convertirse en parte de nuestra alma, de modo que recurrimos a ella cuando no sabemos cómo debemos rezar. Siempre podemos rezar el Padre Nuestro.

Orando al Dios que ya sabe

Después de advertir a sus discípulos contra la oración hipócrita y la oración pagana, Jesús continuó diciendo: "No seáis, pues, como ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis" (Mateo 6:8). Con estas palabras, Jesús hizo eco de los pensamientos de David, que escribió: "Oh Señor, tú me has examinado y conocido; has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has comprendido mi andar y mi acostarme, y todos mis caminos te son conocidos. Porque aún no está la palabra en mi lengua, pero he aquí, oh Señor, tú la sabes toda" (Salmo 139:1-4). Jesús simplemente está respaldando la afirmación del salmista de que el Señor sabe lo que necesitamos antes de que se lo pidamos.

Una de las preguntas más frecuentes en la teología de la oración es: "¿La oración cambia las cosas?". La respuesta es evidente. El Nuevo Testamento deja claro que la oración

cambia todo tipo de cosas. Analizaremos esa cuestión más a fondo más adelante, pero la siguiente pregunta que surge es: "¿La oración cambia la mente de Dios?".

¿Qué induciría a Dios a cambiar de opinión? Quizás una nueva información, algún conocimiento que le falta hasta que se lo comuniquemos para que lo considere. Sin embargo, la Biblia nos dice que cuando acudimos a nuestro Rey en oración, Él ya sabe lo que vamos a pedir y sabe lo que necesitamos mejor que nosotros. Tenemos que recordar que Aquel con quien estamos hablando es omnisciente. Él no aprende nada nuevo. Así que si vas a cambiar Su opinión mediante tus oraciones, no será porque le des nueva información.

A veces cambiamos de opinión porque nos damos cuenta de que lo que habíamos planeado hacer era un mal plan, que cometimos un error al tomar ese camino. Tal vez recibamos el consejo de alguien que nos dice: "Oh, RC, no deberías hacer eso porque si lo haces, A, B o C vendrán después y todo se arruinará". ¿Es esto lo que sucede con Dios cuando acudimos a Él en oración? ¿Podemos acudir a Él y decirle: "Dios, lo que estás planeando hacer no es bueno. Déjame aconsejarte para que hagas lo correcto"? Eso sería absurdo. Dios nunca hace nada que no sea perfectamente bueno, y nosotros, seres humanos caídos, ciertamente no estamos en posición de aconsejarlo.

En resumen, ninguna oración de ningún ser humano jamás pronunciada en la historia ha cambiado la mente de Dios en lo más mínimo, porque Su mente nunca necesita ser cambiada. Lamentablemente, cuando le digo esto a la gente, reaccionan con horror. Dicen: "¿Por qué debemos orar? ¿De qué sirve la oración si no podemos cambiar la mente de Dios? ¿Por qué deberíamos siquiera participar en este ejercicio? Es un ejercicio inútil". En ese punto, tengo que recordarles que, como mencioné anteriormente, la oración cambia las cosas, todo tipo de cosas. Pero lo más importante que cambia es a nosotros mismos. A medida que nos involucramos en esta comunión con Dios más profundamente y llegamos a conocer a Aquel con quien estamos hablando más íntimamente, ese creciente conocimiento de Dios nos revela aún más brillantemente quiénes somos y nuestra necesidad de cambiar en conformidad con Él. La oración nos cambia profundamente.

Dios no le dio la oración a la iglesia para su beneficio. El Soberano se ha dignado darnos una audiencia. Nos ha invitado a entrar en el palacio celestial. Ha levantado el cetro y nos ha dicho que entremos. Tenemos acceso a su trono mismo. Pero a veces llegamos a su presencia con demasiada naturalidad. Nos acercamos a Él y le decimos: "Hola, Dios, ¿cómo estás?" Hablamos con Dios con el tipo de familiaridad que engendra desprecio. Es una familiaridad que revela que hemos olvidado quién es Él y quiénes somos nosotros. Hemos

olvidado que somos campesinos en presencia del Rey. No sólo un rey, sino el Rey, el Rey de reyes, el Señor de señores, Aquel que es absolutamente soberano.

Quiero que notéis que en las peticiones del Padrenuestro hay una palabra que se repite. Las peticiones hablan de "Tu nombre", "Tu reino" y "Tu voluntad". La palabra "Tu" aparece una y otra vez en referencia a cosas que son de Dios. Finalmente, en la cuarta petición leemos: "Danos hoy nuestro pan de cada día". Tenemos que recorrer un largo trecho en esta oración antes de encontrar alguna atención o preocupación por nosotros. La atención al comienzo de estas peticiones está en la exaltación de Dios y sus preocupaciones. En las frases iniciales del Padrenuestro, Jesús fija nuestra mirada no en nosotros mismos sino en Dios.

La gente viene a mí y me pregunta: "¿Cuáles son las reglas para la oración? ¿Cómo debemos acercarnos a Dios en oración? ¿Cuál es la manera correcta de orar?". Yo les digo a quienes me hacen este tipo de preguntas que en realidad sólo hay dos reglas que hay que tener en cuenta cuando se está en oración, dos cosas que deben guiar, gobernar y controlar nuestra vida de oración con el Todopoderoso. Hay que recordar a quién se está dirigiendo la oración y quién está hablando. Es decir, lo primero que hay que recordar en la oración es a quién se está dirigiendo, porque nada condicionará más profundamente nuestra vida de oración que recordar que estamos en conversación con Dios, el Creador soberano y Gobernante del universo. En segundo lugar, hay que recordar quién se es. No se es Dios. Se es una criatura. Por lo tanto, la oración no es una conversación entre iguales; no es una charla junto al fuego entre iguales. Se trata de la criatura hablando con su Creador soberano.

Por último, es importante tener en cuenta las palabras finales de Jesús antes de comenzar a deletrear el Padrenuestro. No dijo: "Orad así", sino: "Orad, pues, así" (Mateo 6:9a). Jesús no dio a sus discípulos una oración que debieran repetir servilmente, aunque, como señalé anteriormente, repetir la oración puede ser bueno y útil si se hace correctamente. La intención de Jesús era dar a sus discípulos una oración modelo, un ejemplo a seguir, que les enseñara principios transferibles para la conversación con Dios. A partir del próximo capítulo, analizaremos detenidamente esos principios.



PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS

Si usted ha estado involucrado en grupos cristianos que oran con frecuencia o en reuniones de la iglesia donde las personas en la sala se turnan para orar en voz alta, es posible que haya notado lo común que es para los cristianos comenzar sus oraciones con la palabra Padre. La gran mayoría de las oraciones personales comienzan con alguna forma de referencia a Dios como Padre.

Por otra parte, quizá no os hayáis dado cuenta del uso frecuente de la palabra Padre en las oraciones de los creyentes. Tenemos tendencia a dar por descontado este título de Dios. Nos resulta tan familiar, tan común en nuestra vida y en nuestra liturgia, que rara vez pensamos en él. No nos damos cuenta de lo radical que es referirse a Dios de esta manera.

El teólogo alemán Joachim Jeremias, un estudioso del Nuevo Testamento, realizó un estudio en el que buscó entre los escritos del Antiguo Testamento y los escritos rabínicos existentes de fuentes judías antiguas. No pudo encontrar un solo ejemplo de un escritor o autor judío que se dirigiera a Dios directamente como Padre en una oración hasta el siglo X d.C. Encontró ejemplos de referencias a Dios como "el Padre", pero la palabra Padre nunca se utilizó de forma directa para dirigirse personalmente a Dios.

Esto es curioso, porque el Antiguo Testamento hablaba de la nación de Israel como el "hijo" de Dios. El Evangelio de Mateo nos dice que poco después del nacimiento de Jesús en Belén, un ángel advirtió a José que llevara a María y al bebé a Egipto para escapar de la ira de Herodes. Mateo señala específicamente que este evento ocurrió como cumplimiento de una profecía del Antiguo Testamento: "De Egipto llamé a mi Hijo" (Mateo 2:15b; Oseas 11:1). En su contexto original, esta declaración se refería al éxodo, cuando Israel fue liberado de su esclavitud en Egipto. En la noche en que los israelitas fueron liberados de su cautiverio, Dios pasó por la tierra, trayendo la peor plaga de todas contra Faraón y los

egipcios. Vino a matar al primogénito en cada casa egipcia, incluida la casa de Faraón. ¿Qué significado tenía eso? Dios le estaba diciendo al gobernante más poderoso de este planeta: “Faraón, si no respetas a mi hijo, mataré a tu hijo”. De modo que en cierto sentido se consideraba que los israelitas eran hijos de Dios, lo que colocaba a Dios en un papel paternal. Sin embargo, los israelitas nunca se dirigieron a Dios como Padre.

Jeremías también examinó las oraciones de Jesús, y allí hizo un descubrimiento igualmente fascinante: en todas las oraciones de Jesús registradas en el Nuevo Testamento, excepto en una, se dirige a Dios como Padre. Jeremías dice que la importancia de esto es que Jesús, que era judío y rabino, se estaba alejando de la tradición. No era sólo un cambio pequeño, sino un cambio radical. Por supuesto, este cambio despertó una profunda hostilidad por parte de sus contemporáneos. Cuando Jesús se refería a Dios como su Padre, sus contemporáneos -los fariseos, por ejemplo- se enojaban. Entendían que, al llamar a Dios su Padre, se estaba haciendo igual a Dios (Juan 5:18). Al dirigirse a Dios en esta forma familiar, Jesús estaba indicando un profundo sentido de intimidad entre Él y Dios, mostrando que Él era el Hijo único de Dios.

Una de las doctrinas más importantes del Nuevo Testamento que expresa nuestra redención es la doctrina de la adopción. Por naturaleza, dice la Biblia, somos hijos de ira (Efesios 2:3). Dios no es nuestro Padre por naturaleza, en términos de una relación íntima, personal y filial, pero somos adoptados en la familia de Dios en Cristo. Cristo es el monogenes, el Hijo unigénito del Padre. Él es el único que tiene el derecho inherente de dirigirse a Dios como “Abba, Padre” (Marcos 14:36). Pero cuando dio a sus discípulos esta oración modelo, los invitó a usar esa forma personal de dirigirse a Dios, lo que indica una relación filial intensamente familiar. Por supuesto, no sólo el Hijo nos da el derecho de dirigirnos a Dios como Padre, sino que el Espíritu Santo, al ayudarnos en nuestra vida de oración, nos impulsa a clamar: “¡Abba, Padre!” (Gálatas 4:6).

Un privilegio de adopción

Con estos hechos como antecedente, consideremos la manera en que Jesús instruyó a sus discípulos a dirigirse a Dios: “Vosotros, pues, orad así: Padre nuestro que estás en los cielos” (Mateo 6:9a). Jesús estaba diciendo que no sólo se le permitía dirigirse a Dios como Padre en virtud de su condición única de Hijo de Dios, sino que incluso sus seguidores tenían ese privilegio en virtud de su adopción.

Esto no es algo que se pueda tomar a la ligera. Cada vez que decimos el Padrenuestro, cada vez que abrimos la boca y decimos: "Padre nuestro", debemos recordar nuestra adopción, que hemos sido injertados en Cristo y hemos sido colocados en esta relación íntima con Dios, una relación que no teníamos por naturaleza. Es una relación que se ha ganado para nosotros por la perfecta obediencia del Hijo, quien recibió una herencia que le fue prometida desde la fundación del mundo, herencia que comparte con sus hermanos y hermanas que están en Él.

En el siglo XIX se añadió una nueva disciplina al plan de estudios de la religión: la "religión comparada". Se trataba de un intento de comprender las grandes religiones del mundo no de forma aislada, sino, como sugiere el propio término, comparándolas entre sí. Este interés surgió en parte debido a la reducción del tamaño del globo a medida que los viajes y las comunicaciones se hacían más rápidos. En el pasado, era común encontrar diversas religiones agrupadas en ciertas partes geográficas del mundo y, por lo general, limitadas a grupos étnicos o nacionalidades. Pero a medida que el mundo se hizo más pequeño y hubo más interacción entre Occidente y Oriente, los cristianos tuvieron que lidiar cada vez más con el islam, el budismo, el hinduismo, el sintoísmo, el confucianismo, etc. El campo de la religión comparada se desarrolló en un intento de observar las diversas religiones de este mundo y encontrar denominadores comunes.

Fue durante este período cuando se desarrolló la famosa analogía de la montaña. La idea era que Dios se sienta en la cima de una gran montaña y que muchos caminos llevan a la cima. Algunos de ellos van más o menos directamente desde la base de la montaña hasta la cima, mientras que otros se curvan y serpentean, torciendo y dando vueltas, tomando una ruta indirecta hacia la cumbre. Pero la idea básica era que en última instancia no importa realmente qué camino tomes, porque todos los caminos llevan a la cima y finalmente te llevarán allí. Así que si estás tratando de llegar a Dios, puedes ir por el camino del cristianismo, el islam, el budismo o cualquiera de las otras religiones. Todas estas religiones son simplemente caminos diferentes, todos conducen al mismo lugar.

En la erudición alemana del siglo XIX, en particular en este campo de las religiones comparadas, había una palabra alemana que aparecía una y otra vez en los títulos de libros importantes. Se trataba de la palabra *wesen*. Esta palabra puede traducirse al español como "ser", "sustancia" o "esencia". El uso frecuente de esta palabra reflejaba el intento de la erudición alemana de penetrar en las creencias fundamentales de las diversas religiones del mundo, la sustancia fundamental, la esencia de cada una de ellas. La conclusión optimista de estos eruditos fue que en el núcleo de todas las religiones del mundo se encuentra la afirmación común de la fe.

¿Qué hace que el cristianismo sea cristiano?

Una de esas obras fue escrita por un destacado historiador eclesiástico alemán, tal vez el más importante de los últimos doscientos años, Adolf von Harnack. Escribió una obra en alemán que posteriormente fue traducida al inglés y se convirtió en un éxito de ventas en el mundo teológico. Ese libro tuvo un tremendo impacto en la teología de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. La edición en inglés se titulaba ¿Qué es el cristianismo? Pero el título en alemán preguntaba: "¿Cuál es la esencia o el ser (wesen) del cristianismo?" Harnack preguntaba qué es lo que hace que el cristianismo sea cristiano.

Harnack llegó a la conclusión de que el mensaje de Cristo y las doctrinas fundamentales del cristianismo bíblico pueden reducirse a dos proposiciones fundamentales. Es posible que nunca hayas oído hablar de Harnack y probablemente nunca hayas oído hablar de ¿Qué es el cristianismo?, pero estoy seguro de que has oído estas proposiciones: en primer lugar, la paternidad universal de Dios y, en segundo lugar, la hermandad universal de los hombres.

Puede que mis próximas palabras le parezcan controvertidas o incluso chocantes; puede que se sienta totalmente indignado, pero escúcheme. Creo que Harnack se equivocó en su análisis de la esencia del cristianismo. No creo que estas dos proposiciones sean el núcleo de la fe cristiana. De hecho, no creo que sean siquiera parte de la fe cristiana. Creo que estas proposiciones son, en realidad, antitéticas a la fe cristiana. Si me pidieran que escribiera un libro titulado ¿Qué es el humanismo? o ¿Qué es el liberalismo del siglo XIX?, podría decir que esos sistemas de pensamiento se pueden reducir a la paternidad universal de Dios y la hermandad universal de los hombres. Sin embargo, no puedo estar de acuerdo en que esas proposiciones sean la esencia del cristianismo.

¿Por qué digo esto? Creo que es imposible ir a las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento y encontrar allí el concepto de la paternidad universal de Dios. Puedo encontrar un par de pasajes que pueden apoyar este concepto sólo de una manera muy tangencial. Por ejemplo, cuando Pablo está debatiendo con los filósofos de Atenas en el Areópago, hace la declaración de que "somos también linaje suyo" (Hechos 17:28b). Sin embargo, esta no es una cita del Antiguo Testamento; es una cita de un poeta pagano. Sigue a la declaración de Pablo de que vivimos, nos movemos y existimos en Dios, lo que significa que podemos hablar de la paternidad universal de Dios en el sentido de que Él es el Creador de todas las personas. Todos somos Su descendencia porque Él es el Engendrador universal de la raza humana. Sin embargo, cuando la Biblia habla de la paternidad de Dios, no lo hace típicamente con respecto simplemente a la creación, sino específicamente a la

redención. Siendo ese el caso, la paternidad de Dios no es inclusiva, sino exclusiva y restringida.

Así pues, Dios es el Padre de Jesús de una manera única: Cristo es el "unigénito del Padre" (Juan 1:14). Luego, la paternidad de Dios se extiende a aquellos que son adoptados en su familia en virtud de su unión con Cristo. Así pues, lejos de enseñar la paternidad universal de Dios, la Biblia enseña la paternidad particular de Dios. Por lo tanto, llamar a Dios "Padre" en el sentido del Nuevo Testamento de la palabra, en el sentido de la palabra en que la Iglesia la expresa como la familia de Dios, es afirmar la singularidad misma del cristianismo. Sí, es antiamericano y antihumanista cuestionar la paternidad universal de Dios, pero esta idea no es un concepto bíblico.

La segunda proposición de Harnack se deduce de la primera. Puesto que Dios es el Padre de todos nosotros, todos debemos compartir cierta hermandad. Sin embargo, una vez más, esta proposición no se puede deducir del Nuevo Testamento. No creo que la Biblia enseñe en absoluto la hermandad universal de los hombres. Usted puede responder: "Un momento. ¿No nos enseña la Biblia a amar a todos? ¿No debería ser una hermandad una comunidad donde las personas se aman?" Sí, por supuesto. Pero el hecho de que exista una comunidad donde las personas están obligadas a amarse unas a otras no hace que esa comunidad sea una hermandad. Una vez más, necesitamos ver y entender las categorías bíblicas. La hermandad de la que habla el Nuevo Testamento es la hermandad de comunión que disfrutan todos aquellos que son adoptados en la familia de Dios y que están en Cristo. A Él se le describe como "el primogénito entre muchos hermanos" (Rom. 8:29b). Estoy en la hermandad cuando estoy vinculado a Cristo por adopción. Soy su hermano adoptivo. De la misma manera, todo cristiano que está en esa comunidad especial de la iglesia participa en esa hermandad especial. No nacemos en ella de manera natural; debemos renacer para estar en esa hermandad. Por lo tanto, cuando hablamos de la hermandad universal del hombre, debilitamos o rebajamos este punto crucial que el Nuevo Testamento destaca acerca de la singularidad de la iglesia como la compañía de los redimidos.

'La vecindad universal del hombre

¿Por qué alguien llegaría a la conclusión de que existe una hermandad universal entre los hombres? Ya he sugerido una razón: la deducen de la primera de las dos proposiciones de Harnack, la paternidad universal de Dios. Pero algunos llegan a esta conclusión, por errónea que sea, porque la Biblia habla de algo en términos de universalidad. No es

hermandad sino vecindad. No todos los hombres son mis hermanos, sólo aquellos que están en Cristo. Sin embargo, todos los hombres son mis vecinos, y Dios me exige que trate a estas personas como espero que me traten a mí. Se me exige que ame a mi prójimo tanto como me amo a mí mismo. Jesús dejó en claro que la vecindad no se limita a la hermandad. Ése fue el error de los fariseos. Los fariseos creían que todas las obligaciones bíblicas de amar al prójimo se limitaban a sus compañeros judíos, a la hermandad. Basándose en esa conclusión, no tenían por qué ser cariñosos con los samaritanos, por ejemplo.

En la parábola del buen samaritano, Jesús contó la historia del hombre que descendió a Jericó, pero cayó en manos de ladrones, fue golpeado, robado y dejado por muerto. Un levita y un sacerdote pasaron por allí y dejaron al hombre sufriendo. Sin embargo, un samaritano que pasaba tuvo compasión del hombre, se detuvo, ungió sus heridas con aceite, lo llevó a una posada y le pagó al posadero por su continuo cuidado hasta que el samaritano pudiera regresar y pagar la cuenta. ¿Cuál fue la ocasión que impulsó a Jesús a contar esta parábola? Contó esa historia en respuesta a un abogado que preguntó: "¿Quién es mi prójimo?" (Lucas 10:29). La historia presenta a un samaritano y un judío, dos personas que ciertamente no se consideraban parte de una hermandad. Pero Jesús le estaba diciendo a ese abogado judío: "Incluso el samaritano es tu prójimo". De la misma manera, Él nos dice: "El ruso es vuestro vecino, el asiático es vuestro vecino, el pagano es vuestro vecino, el budista es vuestro vecino, el musulmán es vuestro vecino. Todo ser humano sobre la faz de la tierra es vuestro vecino, y debéis amar a esa persona tanto como os amáis a vosotros mismos". Si bien no es cierto que exista una hermandad universal de los hombres, es muy bíblico decir que existe una vecindad universal. Sin embargo, sólo se requiere un ligero cambio para pasar de la idea de vecindad universal a la de hermandad universal.

Conozco a gente a la que le cuesta dirigirse a Dios como Padre. Me han dicho: "No soporto decirlo, porque mi padre terrenal era una persona cruel e insensible". Me han contado casos en los que sus padres cometieron abusos a menores y me han preguntado: "Después de esa experiencia, ¿cómo podría dirigirme a Dios como Padre? Esa palabra me repugna". Puedo entender esa reacción. Por lo general, reconozco que lo que hace que el dolor y el tormento que soportan en su psique sean tan severos es el hecho de que estas cosas no sucedieron a manos de un vecino de al lado, un tío u otra persona, sino del padre. La naturaleza misma enseña que, con todo derecho, deberían esperar mucho más de sus padres terrenales de lo que han recibido.

Cuando hablo con alguien que tiene dificultad para usar la palabra Padre y quiere atragantarse con ella cuando se refiere a Dios, generalmente le aconsejo que, por difícil que sea, se concentre en la palabra que la precede, nuestro, porque "nuestro Padre" no es su padre. "Nuestro Padre" no es el padre que lo violó. Es nuestro Padre en el cielo, nuestro Padre que no tiene abuso en Él, que nunca violará a nadie. Todos necesitamos aprender a usar esta frase y transferir a Dios los atributos positivos que tanto deseamos y que tan seriamente extrañamos en nuestros padres terrenales.

Cuando Jesús rezó el Padrenuestro, con el uso del "Padre Nuestro" como forma de dirigirse a Dios, nos dio el inefable privilegio de dirigirnos a Dios en los mismos términos de familiaridad filial que utilizó el mismo Jesús. Sin embargo, debemos recordar siempre que Dios es nuestro Padre. Él es el Patriarca de la hermandad. Él es quien adopta a los hermanos y hermanas. Cuando los hermanos y hermanas nacen de Dios y renacen por el Espíritu de Dios, se convierten en hijos adoptivos de Dios, lo cual es un estatus y un privilegio que es primordial para el concepto de redención del Nuevo Testamento. Este estatus debe estar presente en nuestras mentes cada vez que decimos el Padrenuestro.



SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

En mis años de enseñanza en seminarios, solía jugar con mis alumnos a un juego: “Si tuvieran la oportunidad de escribir una nueva constitución para los Estados Unidos de América, una constitución que incluyera una nueva carta de derechos que contuviera diez declaraciones, ¿qué elegirían para esos preceptos fundamentales?”. Les pregunté si querrían incluir una ley para salvaguardar la santidad de la vida humana o una para proteger la propiedad privada. Luego les pregunté si considerarían usar una de esas diez declaraciones para ordenar que se honre a los padres o para prohibir la codicia. Para colmo, les pregunté si alguno de ellos votaría por un documento legal fundacional que incluyera entre sus diez leyes principales un mandato que protegiera el uso del nombre de Dios.

Ya ves lo que quiero decir. Cuando Dios dio ese documento, constituyó a su pueblo como nación y creó las bases para una sociedad piadosa, incluyó entre sus diez mandamientos más importantes una ley que regulaba el uso de su nombre: “No tomarás en vano el nombre de Jehová tu Dios” (Éxodo 20:7a). La inclusión de este mandamiento en la ley de Dios del Antiguo Testamento muestra más allá de toda duda que Él da mucha importancia a que su pueblo reconozca su nombre como santo y lo trate como tal. Vemos esa misma importancia en la oración que Jesús dirigió a sus discípulos, la oración que conocemos como el Padre Nuestro.

Como hemos visto, los discípulos se acercaron a Jesús con una petición: “Señor, enséñanos a orar”. En respuesta, Jesús dijo: “Orad así”, lo que preparó el terreno para su enseñanza de una oración modelo, un ejemplo del tipo de conversación y comunión que los creyentes deben tener con Dios. Luego les dio autoridad para dirigirse a Dios en oración como “Padre nuestro que estás en los cielos”, y vimos el significado de esa forma de dirigirse a él.

Las siguientes palabras de la oración modelo de Jesús son éstas: “Santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9b). Tenemos la tendencia a leer estas palabras y concluir que son parte del discurso, que son simplemente un reconocimiento de una verdad existente. Es decir, creemos que estamos diciendo: “Padre nuestro que estás en los cielos, tu nombre es santo”. Pero ese no es el formato de la oración. Esta línea del Padrenuestro no es simplemente una afirmación de que el nombre de Dios es santo. Más bien, es una petición.

Todo el mundo sabe lo que es una petición: es un trozo de papel que la gente pasa de mano en mano para que otros lo firmen con la esperanza de que esta evidencia escrita de acuerdo sobre un tema induzca al gobierno o al órgano rector de alguna asociación a cambiar las reglas del juego. Una petición, entonces, es una petición. Por esta razón, las peticiones específicas que Jesús dio a sus discípulos en el Padrenuestro se conocen como peticiones. Estas son las prioridades que Jesús indicó a sus discípulos que debían pedir en sus oraciones. Y lo primero que Jesús les dijo que pidieran en oración fue que el nombre de Dios fuera considerado santo.

¿Qué significa decir que Dios es santo? Significa que Él es diferente de todo lo que experimentamos o encontramos en el universo material, que Dios el Creador difiere de todas las criaturas. La forma principal en que Dios difiere de todas las criaturas es que Él es increado y eterno, mientras que cada uno de nosotros es creado y finito. No somos eternos sino temporales. Si no hay nada que separa al Creador de la criatura, es ese elemento elevado y trascendente del propio ser de Dios, tan maravilloso, tan majestuoso que es digno de la adoración de toda criatura.

No puedo enfatizar lo suficiente lo importante que es que entendamos que esta línea del Padrenuestro no es sólo una parte del discurso sino una petición. Debemos ver esto si queremos entender lo que Jesús nos está enseñando acerca de la oración. Jesús no está diciendo: "Padre, tu nombre es santo", sino: "Padre, santificado sea tu nombre". Es decir, nos está enseñando a pedir que el nombre de Dios sea considerado sagrado, que sea tratado con reverencia y que sea visto como santo. Debemos ver esto si queremos orar según el modelo que Jesús nos dio.

'La sacralidad del nombre de Dios

Me parece sorprendente que cuando Jesús enseñó a la iglesia cómo orar, lo primero que eligió decirnos es que oráramos para que el nombre de Dios fuera considerado sagrado. Muy pocas personas hoy en día considerarían la santificación del nombre de Dios como una

prioridad máxima en las súplicas del pueblo de Dios. Casi parece extraño en nuestro entorno poner tanto énfasis en el trato apropiado de un nombre.

Sin embargo, soy consciente de que me molesta cuando la gente simplemente pronuncia mal mi nombre. Me avergüenza pensar que soy tan vanidosa y orgullosa que me molesta cuando la gente me llama "Sprowl" o "Sproll" en lugar de "Sproul". Cuando una persona me llama "Sprowl", le digo: "Me llamas Sprowl y gruño, mi nombre es Sproul, rima con alma. Es alma con "pr". ¿Te sientes igualmente molesto cuando la gente pronuncia mal tu nombre? Sospecho que sí. ¿Por qué? Es porque no parecen tomarte en serio. Sugiere que ni siquiera se preocupan lo suficiente por ti como persona como para pronunciar bien tu nombre. De alguna manera nos sentimos despreciados si olvidan nuestros nombres o los pronuncian mal.

Bueno, Dios no es sensible en el sentido de que se enfade o pierda su dignidad si alguien no lo trata adecuadamente con la pronunciación de su nombre. Pero Jesús hace esta petición dentro del contexto de un conjunto de peticiones. El Padre Nuestro continúa así: "Santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra" (Mateo 6:9b-10). Voy a tomarme la libertad de especular aquí. A menudo me he preguntado si Jesús, cuando expuso las prioridades de la oración, tenía una razón para enumerar las peticiones en el orden en que lo hizo. Primero enumeró "Santificado sea tu nombre", segundo fue "Venga tu reino" y tercero fue "Hágase tu voluntad". Esas peticiones pueden distinguirse unas de otras, pero están tan interconectadas que no nos atrevemos a divorciarlas unas de otras. Estoy convencido de que, aunque oramos por la manifestación y la victoria del reino de Dios, es inútil esperar la victoria del reino de Dios en este planeta hasta que el nombre de Dios sea considerado sagrado, porque el reino de Dios no viene a las personas que no tienen respeto por Él. De la misma manera, oramos para que se haga la voluntad de Dios en este mundo, pero la voluntad de Dios no la hacen las personas que no lo respetan y lo adoran. Así que el comienzo mismo de la piedad, el comienzo mismo de la transformación en nuestras vidas y en nuestra sociedad, comienza con nuestra postura ante el carácter de Dios.

'La importancia de nuestros fiordos

No creo que haya nada que revele el estado del alma de una persona con más claridad que las palabras que salen de su boca. Entiendo que los cristianos somos capaces de todo tipo de pecados, pero no puedo entender cómo una persona regenerada podría usar el nombre

de Jesús de manera blasfema. ¿Cómo se puede adorar a alguien a quien se blasfema rutinariamente? No veo cómo es posible.

Antes de mi conversión, no me importaba usar el nombre de Dios o el nombre de Jesús de manera blasfema, como una forma de maldecir. Pero después de mi conversión, noté un cambio casi inmediato en mis patrones de habla. Ya no podía encontrar dentro de mí la fuerza para blasfemar los nombres de Dios y Jesús. ¿Por qué no? Porque estaba enamorado. Tenía un profundo afecto por Cristo y un profundo sentido de gratitud hacia Dios, y de repente las cosas que habían salido de mis labios con tanta facilidad antes de mi conversión simplemente ya no salían de mi boca. Una segunda cosa que noté fue que tenía una especie de sensibilidad para escuchar ese tipo de lenguaje de parte de mis amigos. Me di cuenta de que cuando mis amigos usaban el nombre de Dios o el nombre de Jesús de manera blasfema, no estaban pensando en lo que estaban diciendo. Sabía que no comenzaban el día diciendo: "Hoy voy a blasfemar el nombre de Dios cada vez que abra la boca". Era simplemente un hábito en el que habían caído, un modo inconsciente de expresión, tal como había sido en mi vida hasta ese momento. Así que, aunque las cosas que decían mis amigos me molestaban, no podía juzgarlos porque yo también me había sentido culpable por hablar de esa manera durante años.

Hemos visto un cambio radical en los estándares de lo que está permitido en términos de expresión lingüística en nuestra cultura. Vemos evidencia de ese cambio en las salas de cine, donde ahora se permite cualquier forma de expresión. Todavía hay estándares en la televisión abierta, ciertas palabras y frases de naturaleza gráfica que no están permitidas, aunque allí también los estándares se han relajado mucho. Puedo recordar cómo, hace treinta años, no estaba permitido decir la palabra virgen en la televisión nacional porque esa palabra se consideraba demasiado sugerente sexualmente. Hemos avanzado mucho, ¿no es así?

Sin embargo, he observado que, aunque algunas palabras y frases siguen estando prohibidas en la televisión, cuando se trata del nombre de Dios, todo vale. No se permite el lenguaje erótico explícito en la televisión, pero sí la blasfemia con respecto al nombre de Dios. Una vez vi un programa de media hora y conté cincuenta y ocho ocasiones en las que el nombre de Dios se trataba con algo que no era reverencial. Esta práctica tan común me aterroriza, pero la mayoría de la gente hoy en día no la ve como una preocupación.

Hace varios años, leí un artículo en una revista sobre un camionero que había sido arrestado en Maryland por estar borracho y alterar el orden público. Había abusado

verbalmente de los agentes que lo arrestaron, tanto que cuando lo llevaron ante el magistrado para una audiencia sobre este delito menor, querían que el magistrado le echara la culpa. El magistrado vio que, según los estatutos del estado de Maryland, la pena máxima que podía imponer al camionero por estar borracho y alterar el orden público era una multa de 100 dólares y treinta días de cárcel. Sin embargo, también observó que en los libros de leyes había una prohibición de la blasfemia pública. Así que le asignó otros treinta días de cárcel y otra multa de 100 dólares porque, en su abuso verbal a los agentes durante el momento de su arresto, el camionero había blasfemado el nombre de Dios. La revista en la que leí sobre este incidente publicó un editorial en el que protestaba vehementemente contra esta ley obsoleta, arcana y puritana que todavía estaba en vigor y se seguía aplicando en nuestra cultura moderna y sofisticada. Los editores estaban furiosos porque en los Estados Unidos de hoy en día cualquier persona sería penalizada por la ley por blasfemar públicamente contra Dios. No pude evitar pensar que el conductor del camión debería estar contento de no vivir en el antiguo Israel, porque si hubiera blasfemado el nombre de Dios en esa cultura, no sólo le habría costado treinta días de cárcel y 100 dólares, sino también la vida. Vivimos en un mundo al revés, donde los valores son radicalmente diferentes a los valores de la cosmovisión bíblica.

Si Dios, en los Diez Mandamientos, vio la necesidad de exigir reverencia por su nombre en el tiempo del éxodo, y si Jesús vio la necesidad de llamar a sus discípulos a orar para que el nombre de Dios fuera considerado santo en la cultura judía de hace dos mil años, ¿cuánto más crucial es que oremos para que el nombre de Dios sea santificado en nuestra propia época? Esta petición, “Santificado sea tu nombre”, debería estar en nuestros labios todos los días, de hecho, cada vez que oigamos blasfemar casualmente el nombre de Dios o el de Jesús.

'La petición fundacional

Al colocar esto como la primera petición del Padrenuestro, Jesús le estaba dando un lugar prioritario. Estaba diciendo que una actitud apropiada hacia el nombre de Dios es la base de todo, porque la forma en que vivimos ante Dios está determinada por nuestra actitud hacia Él y nuestra visión de quién es Él. Ninguna adoración, ni culto, ni obediencia puede fluir de un corazón que no tiene respeto por el nombre de Dios. Aquí hay una verdad psicológica: ¿cómo es posible que alguien tenga un alto respeto por Dios, una auténtica reverencia por Dios, un genuino temor de Dios, y al mismo tiempo tenga una actitud frívola hacia el uso del nombre de Dios? Jesús dice aquí que la forma en que consideramos el nombre de Dios revela el estado de nuestros corazones con respecto a nuestra actitud hacia

Dios mismo. Una falta de respeto por Su nombre revela más claramente que cualquier otra cosa una falta de respeto por Él. Entonces, cuando Jesús dice que debemos orar para que el nombre de Dios sea considerado santo, Él está diciendo que debemos considerarlo a Él como santo, y que tal postura de reverencia, temor y respeto hacia Dios debe definir todo en nuestras vidas.

Antes de que el reino de Dios pueda venir a la tierra de la misma manera que ya ha venido al cielo, y antes de que Su voluntad pueda hacerse en la tierra de la misma manera que se hace ahora mismo en el cielo, el nombre de Dios tiene que ser santificado. No hay blasfemia en el cielo. No hay nada profano en el cielo. Nadie en el cielo, serafines, querubines o los espíritus de los hombres que han partido para unirse a la asamblea de lo alto, hace nada que no sea la voluntad de Dios en el cielo, y lo hacen con gozo, con alegría, para Su gloria. Si queremos honrarlo aquí en la tierra, debemos comenzar por considerar Su nombre como santo y tratarlo de esa manera.



VENGA TU REINO

Hace poco, mi esposa y yo nos quedamos absortos en una retransmisión televisiva de la apertura anual del Parlamento en Londres. Observamos con gran atención cómo las cámaras de televisión enfocaban a la reina Isabel y al príncipe Felipe, que salían del palacio de Buckingham para dirigirse al Parlamento en un carruaje bellamente ornamentado tirado por magníficos caballos. Llevaban toda la pompa de Inglaterra: los Beefeaters con sus galas de gala, los lacayos con librea, etc. Mientras tanto, los Bobbies de Londres despejaban el tráfico y preparaban el camino para la aparición de la reina. Más tarde hubo tomas panorámicas desde el interior del Parlamento, y vimos a los lores vestidos con sus trajes formales y luciendo sus pelucas blancas ceremoniales.

Fue sorprendente presenciar este espectáculo a principios del siglo XXI, en nuestra moderna y sofisticada sociedad. Había cientos de personas vestidas con ropas que parecían propias de la Edad Media y llevando a cabo rituales que parecían completamente anticuados. No pude evitar preguntarme, mientras observaba, qué tiene la naturaleza humana que le gusta crear ceremonias de este tipo. ¿Por qué nos gusta utilizar recursos estéticos para llamar la atención sobre la importancia de ciertos eventos? Y, más concretamente, también me pregunté por qué los estadounidenses como mi esposa y yo podemos llegar a estar tan preocupados por las actividades de la familia real británica. De hecho, ¿por qué nos deleitamos tanto con reyes y reinas, príncipes y princesas, ya sea en la vida real o en los cuentos de hadas como los que les leemos a nuestros hijos? Después de todo, somos ciudadanos de una nación que rechazó la monarquía.

Cuando mi amigo John Guest, que era un evangelista conocido en Inglaterra, llegó por primera vez a los Estados Unidos a finales de los años 60, su primer contacto con la cultura estadounidense fue en la ciudad de Filadelfia. Durante los primeros días que estuvo allí, sus anfitriones lo acompañaron por la ciudad a lugares de interés como el Independence Hall y

la Campana de la Libertad, y le contaron historias de la Revolución estadounidense para introducirlo en la historia de este nuevo mundo que estaba adoptando como su hogar. John estaba disfrutando de todo esto hasta que fueron a Germantown, en las afueras de Filadelfia, y visitaron una tienda de antigüedades que se especializaba en artículos estadounidenses. Entre los artículos de esta tienda había carteles y letreros que mostraban algunos de los gritos de batalla y eslóganes de la era revolucionaria, como "No hay impuestos sin representación" y "No me pisoteen". Pero el cartel que más le llamó la atención fue uno que anunciaba en letras grandes: "Aquí no servimos a ningún soberano". John me dijo después: "Aquel letrero me dejó paralizado. Había dejado mi tierra natal y había cruzado el océano Atlántico en respuesta a un llamado, a una vocación de ser ministro del evangelio, de proclamar el reino de Dios. Pero al ver aquel letrero, me llené de temor y de consternación. Pensé: '¿Cómo puedo predicar el reino de Dios a gente que tiene una profunda aversión a la soberanía?'"

Yo diría que, a pesar de nuestras audaces afirmaciones de que no servimos a ningún soberano, nuestro deleite en la pompa de la realeza revela cierta nostalgia, tal vez un profundo anhelo por la restauración de la monarquía. Después de todo, imponemos una especie de realeza a nuestros líderes. Los días de la administración Kennedy se recuerdan como la era de "Camelot". Hablamos de ciertos músicos de jazz como "el Conde" o "el Duque", y recordamos a Elvis Presley como "el Rey". Como señalé antes, nos gusta ver la pompa de la realeza y leer historias sobre príncipes y princesas. ¿Podría ser que sigamos interesados en la realeza porque reconocemos que en esta libertad de la que disfrutamos, falta algo? Tal vez lo que falta es lo que necesitamos más desesperadamente: un despertar a la soberanía auténtica.

En el Padrenuestro vemos las prioridades de oración que Jesús dio para su iglesia. La primera petición que dio es "Santificado sea tu nombre". Como vimos en el capítulo anterior, esta petición nos enseña que debemos considerar el nombre de Dios como santo y orar para que nuestra cultura blasfema haga lo mismo. Orar esta petición nos coloca en una postura de veneración: vemos a Dios como Aquel que es completamente santo. Esa comprensión, a su vez, nos lleva a una postura de reverencia. Siempre en las Escrituras, cuando alguien reconoce esa asombrosa santidad de Dios, cae sobre su rostro ante Él. De la misma manera, debemos inclinarnos ante Dios tal como un súbdito se arrodilla ante su rey. Así vemos que hay una continuidad en estas peticiones del Padrenuestro. Jesús dice primero que todo: "Santificado sea tu nombre". Luego, la siguiente petición es: "Venga tu reino". Pasa inmediatamente de una petición sobre la veneración del nombre de Dios a una sobre la manifestación del reino de Dios.

Si hay algún motivo que une al Antiguo Testamento con el Nuevo Testamento, es el tema del reino de Dios. Aunque el Nuevo Testamento comienza con el anuncio de que el reino de Dios está por venir, de que algo nuevo está a punto de suceder en la historia de la redención que se está desarrollando, todavía hay continuidad con el pasado. En cierto sentido, el reino de Dios siempre ha estado presente, habiéndose establecido en el Jardín del Edén. Dios no tuvo que esperar hasta el Nuevo Testamento para ser coronado como el Soberano Gobernante sobre el universo: fue Rey sobre Adán y Eva. Más tarde, cuando Dios creó a la nación de Israel en el Monte Sinaí, les entregó Su ley como Rey del cielo y de la tierra. Apartó a los israelitas para Sí mismo y les dijo: "Yo soy el Señor tu Dios... No tendrás dioses ajenos delante de Mí" (Éxodo 20:2-3).

Rechazando a Dios como Rey

Llegó un momento en la historia de Israel en que el pueblo no estaba satisfecho con tener a Dios como su Rey. En el libro de 1 Samuel leemos: "Entonces todos los ancianos de Israel se reunieron y fueron a Ramá donde Samuel, y le dijeron: 'Tú ya has envejecido, y tus hijos no siguen tus caminos. Por tanto, constitúyenos un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones'" (8:4-5). El pueblo quería tener un rey humano para ser como todos los demás grupos de personas. Dios había declarado que Él era el Rey de Israel, pero ahora el pueblo quería un rey terrenal.

El texto de esta narración nos dice que Samuel se disgustó con esta petición, por lo que llevó sus preocupaciones a Dios. Dios le dijo: "Escucha la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que yo no reine sobre ellos" (1 Sam. 8:7). ¿No es interesante? Dios le dijo: "Samuel, estás molesto porque vienen a ti y te dicen: 'Tú eres viejo y tus hijos no andan en el camino que tú has andado; por eso no queremos tener que seguirlos. En cambio, queremos un rey'. Samuel aparentemente sintió que al hacer esta demanda de un rey, el pueblo lo estaba rechazando a él y a su ministerio. Pero Dios no lo vio así; Él declaró que el pueblo lo estaba rechazando a Él y a Su reinado. En su arrogancia, el pueblo de Israel estaba diciendo de Dios: 'Él no reinará sobre nosotros'".

Cuando Dios le dijo a Samuel que concediera al pueblo su petición de un rey, también le dijo: "Preséntales solemnemente y muéstrales cómo se comportará el rey que reinará sobre ellos" (1 Sam. 8:9b). Entonces Samuel le dijo al pueblo:

"Así procederá el rey que reinará sobre vosotros: tomará a vuestros hijos y los pondrá al servicio de sus carros y de su gente de a caballo, y algunos correrán delante de sus carros. Pondrá capitanes sobre sus millares y capitanes sobre sus cincuenta; pondrá a unos para que aren su tierra y sieguen su mies, y a otros para que fabriquen sus armas de guerra y pertrechos para sus carros. Tomará a vuestras hijas para que sean perfumistas, cocineras y panaderas. Tomará lo mejor de vuestros campos, de vuestras viñas y de vuestros olivares, y se los dará a sus siervos. Tomará la décima parte de vuestro trigo y de vuestras cosechas, y se la dará a sus oficiales y siervos. Tomará también a vuestros siervos, a vuestras siervas, a vuestros mejores jóvenes y a vuestros asnos, y los pondrá a trabajar con ellos. Tomará la décima parte de vuestras ovejas, y seréis sus siervos. Y clamaréis aquel día a causa de vuestro rey que os habéis elegido, pero el Señor no os escuchará. "En aquel día os será dado a vosotros." (1 Sam. 8:11-18)

Ésta es una letanía de malas noticias. Samuel advirtió al pueblo que el rey reclutaría a los hijos e hijas del pueblo para su ejército y su estado mayor. Les impondría un impuesto del diez por ciento. Haría del pueblo mismo sus siervos. Samuel advirtió al pueblo que no les gustaría esto, pero que Dios no escucharía sus súplicas de ayuda. No obstante, el pueblo dijo: "No, sino que tendremos un rey sobre nosotros" (v. 19b).

¿Has captado la palabra que aparece con más frecuencia en esta advertencia de Samuel? Es la palabra tomar. El rey, dice Samuel, tomará, tomará y tomará un poco más. Sin embargo, las Escrituras hablan de Dios como un Rey que da y da, bendiciendo a Su pueblo con todo don bueno y perfecto. Sin embargo, no queremos un Rey que dé. La locura de la necesidad humana es que queremos un rey que tome sólo para que podamos ser como los demás. En nuestra condición caída, parece que cualquier cosa es mejor que vivir en el reino de Dios, donde Dios es el Rey.

Recordemos cómo se desarrolló la historia. Saúl fue elegido como el primer rey de Israel y, en los primeros días de su monarquía, reinó bien. Se comprometió a someterse a la ley de Dios. Lamentablemente, su poder lo corrompió y lo llevó a la locura, de modo que Dios tuvo que quitarlo del trono y reemplazarlo por David. David, por supuesto, fue el rey más grande de Israel, pero ni siquiera él siempre gobernó con sabiduría y bien. Algo similar sucedió con el hijo de David, Salomón. Luego, después de que Salomón murió y su hijo Roboam subió al trono, en un período muy breve el reino se dividió. Y la historia de los

reyes del norte y del sur desde ese día en adelante se lee como una galería de corruptelas, todo lo cual Dios predijo a través de Samuel.

Rechazando a Cristo como Rey

Los sentimientos de antipatía contra el reino de Dios son tan profundos en el corazón humano que Jesús fue llevado ante las autoridades romanas con el argumento de que se estaba proclamando rey. No fue él quien se hizo rey, sino el Padre quien lo hizo rey. Pero, así como los antiguos israelitas habían rechazado a Dios como rey, Jesús fue rechazado como rey en el momento de su encarnación. Los líderes judíos lo llevaron ante Pilato, el gobernador romano, lo que dio lugar a un fascinante diálogo:

Pilato... le dijo: "¿Eres tú el Rey de los judíos?"... Jesús le respondió: "Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí". Pilato le dijo: "¿Luego, eres tú rey?" Jesús le respondió: "Bien dices que soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad". (Juan 18:33b-37a)

¿Cuál era la verdad de la que este Rey, cuyo reino no es de este mundo, estaba dando testimonio? Era el reino de Dios. Estaba dando testimonio del reinado del verdadero Rey. Por eso, cuando Jesús les dijo a sus seguidores que oraran: "Venga tu reino", los estaba haciendo partícipes de su propia misión de difundir el reino de Dios en este planeta para que reflejara la manera en que el reino de Dios está establecido en el cielo hasta el día de hoy.

Había sido cristiano sólo unos meses cuando me invitaron a una fiesta de Navidad organizada por mi pastor y su esposa en su casa. Este ministro era un teólogo liberal del siglo XIX que no creía en los milagros de Jesús ni en la resurrección de Cristo, por lo que estaba un poco molesto por mi nuevo celo por el cristianismo bíblico. Durante la fiesta, me llamó aparte y me hizo esta pregunta: "RC, ¿qué es el reino de Dios?" No tenía ni la menor idea. No sabía qué estaba preguntando y ciertamente no tenía idea de por qué lo estaba haciendo.

Bien, supongamos que alguien le hiciera esta pregunta: ¿Qué es el reino de Dios? ¿Cómo respondería? La respuesta fácil sería señalar que un reino es aquel territorio sobre el cual reina un rey. Puesto que entendemos que Dios es el Creador de todas las cosas, la extensión

de Su reino debe ser el mundo entero. Es evidente, entonces, que el reino de Dios está dondequiera que Él reina, y puesto que Él reina en todas partes, el reino de Dios está en todas partes.

Pero creo que mi pastor estaba tratando de decir algo más. Sin duda, el Nuevo Testamento trata de decir algo más. Vemos esto cuando Juan el Bautista sale del desierto con su urgente anuncio: "Arrepentíos, porque el reino de Dios se ha acercado". Lo vemos de nuevo cuando Jesús aparece en escena con el mismo pronunciamiento. Si el reino de Dios consiste en todo el universo sobre el cual Dios reina, ¿por qué alguien anunciaría que el reino de Dios estaba cerca o a punto de suceder? Obviamente, Juan el Bautista y Jesús querían decir algo más acerca de este concepto del reino de Dios.

'El Reino del Mesías

En el centro de este tema se encuentra la idea del reino mesiánico de Dios. Se trata de un reino que será gobernado por el Mesías designado por Dios, que no sólo será el Redentor de su pueblo, sino su Rey. Por eso, cuando Juan habla de la proximidad radical de este avance, de la intrusión del reino de Dios, está hablando de este reino del Mesías.

Al final de la vida de Jesús, cuando estaba a punto de partir de esta tierra, sus discípulos tuvieron la oportunidad de hacerle una última pregunta: "Señor, ¿restaurarás en este tiempo el reino a Israel?" (Hechos 1:6b). Me imagino fácilmente que Jesús se sintió un poco frustrado por esta pregunta. Yo hubiera esperado que dijera: "¿Cuántas veces tengo que repetirles que no voy a restaurar el reino a Israel?". Pero no fue eso lo que dijo; dio una respuesta paciente y amable. Dijo: "No os toca a vosotros saber los tiempos o las épocas que el Padre puso en su sola potestad... Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:7-8). ¿Qué quiso decir? ¿A qué se refería?

Cuando Jesús le dijo a Pilato: "Mi reino no es de este mundo", ¿estaba indicando que su reino era algo espiritual que se desarrolla en nuestros corazones o estaba hablando de algo más? Todo el Antiguo Testamento no llamaba la atención a un reino que simplemente aparecería en los corazones de las personas, sino a un reino que irrumpiría en este mundo, un reino que sería gobernado por el Mesías ungido de Dios. Por esta razón, durante su ministerio terrenal, Jesús hizo comentarios como: "Si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios" (Lucas 11:20). De manera

similar, cuando Jesús envió a setenta discípulos en una misión de predicación, les dio instrucciones de que dijeran a las ciudades impenitentes que “el reino de Dios se ha acercado a vosotros” (Lucas 10:11b). ¿Cómo podía el reino estar sobre la gente o cerca de ella? El reino de Dios estaba cerca de ellos porque el Rey del reino estaba allí. Cuando vino, Jesús inauguró el reino de Dios. No lo consumó, pero lo inició. Y cuando ascendió al cielo, fue allí para su coronación, para su investidura como Rey de reyes y Señor de señores.

Así que el reinado de Jesús no es algo que permanezca en el futuro. Cristo es Rey en este mismo instante. Está en el asiento de la más alta autoridad cósmica. Toda autoridad en el cielo y en la tierra ha sido dada al Hijo ungido de Dios (Mateo 28:18).

En 1990 me invitaron a ir a Europa del Este para dar una serie de conferencias en tres países: primero Checoslovaquia, luego Hungría y, por último, Rumania. Cuando salíamos de Hungría, nos advirtieron de que los guardias fronterizos rumanos eran bastante hostiles con los estadounidenses y que debíamos estar preparados para que nos hostigaran y, posiblemente, incluso nos detuvieran en la frontera.

Efectivamente, cuando nuestro destartalado tren llegó a la frontera con Rumania, subieron dos guardias. No hablaban inglés, pero nos señalaron los pasaportes y luego el equipaje. Querían que bajáramos las maletas del portaequipajes y las abriéramos, y fueron muy bruscos y groseros. De repente, apareció su jefe, un oficial corpulento que hablaba un inglés entrecortado. Se dio cuenta de que una de las mujeres de nuestro grupo tenía una bolsa de papel en el regazo y de ella sobresalía algo. El oficial dijo: "¿Qué es esto? ¿Qué hay en la bolsa?". Luego abrió la bolsa y sacó una Biblia. Pensé: "Oh, oh, ahora sí que estamos en problemas". El oficial empezó a hojear la Biblia, mirando las páginas muy rápidamente. Luego se detuvo y me miró. Yo sostenía mi pasaporte americano y él dijo: "Usted no es americano". Y miró a Vesta y dijo: "Usted no es americano". Les dijo lo mismo a los demás de nuestro grupo. Pero luego sonrió y dijo: "Yo no soy rumano". Para entonces estábamos bastante confundidos, pero él señaló el texto, me lo dio y me dijo: "Lee lo que dice". Lo miré y decía: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Fil. 3:20a). El guardia era cristiano. Se volvió hacia sus subordinados y dijo: "Dejad a esta gente en paz. Están bien. Son cristianos". Como podéis imaginar, dije: "Gracias, Señor". Este hombre entendía algo acerca del reino de Dios: que nuestro primer lugar de ciudadanía está en el reino de Dios.

Tuve una crisis en este punto en mi último año de seminario, cuando era pastor de una iglesia de refugiados húngaros en el oeste de Pensilvania. Era un grupo pequeño de unas cien personas, muchas de las cuales no hablaban inglés. Alguien donó una bandera

estadounidense a la iglesia, que coloqué en el presbiterio, frente a la bandera cristiana. Mi crisis llegó la semana siguiente, cuando uno de los ancianos, que era un veterano, se me acercó y me dijo: "Reverendo, lo ha colocado todo mal allí en el presbiterio". Le pregunté: "¿Qué pasa?". Él dijo: "Bueno, la ley de nuestro país exige que cada vez que se exhiba una bandera junto con la bandera estadounidense, debe colocarse en una posición subordinada a la bandera estadounidense. De la forma en que lo tienen dispuesto aquí, la bandera estadounidense está subordinada a la bandera cristiana. Eso tiene que cambiar". Cualquiera que haya vivido fuera de este país sabe lo maravilloso que es este lugar. Lo amo y lo honro, junto con sus símbolos, incluida la bandera. Pero mientras escuchaba a este anciano hablar, me pregunté: ¿cómo puede la bandera cristiana estar subordinada a cualquier bandera nacional? El reino de Dios triunfa sobre cualquier reino terrenal. Soy cristiano en primer lugar, estadounidense en segundo lugar. Debo lealtad a la bandera estadounidense, pero tengo una lealtad mayor a Cristo, porque Él es mi Rey. Así que tenía un dilema. No quería violar la ley de los Estados Unidos y no quería comunicar que el reino de Dios está subordinado a un gobierno humano. Así que resolví el dilema con bastante facilidad: saqué ambas banderas de la iglesia.

Experimentamos este conflicto de reinos cuando Jesús nos dice que oremos: "Venga tu reino". ¿Qué significa esto? ¿Qué estamos pidiendo cuando hacemos esta petición? Como hemos notado en capítulos anteriores, hay una lógica que recorre como una cinta el Padrenuestro. Cada una de las peticiones está conectada con las demás. La primera petición que Jesús nos enseñó fue: "Santificado sea tu nombre", que es una súplica para que el nombre de Dios sea considerado santo. Es evidente que, a menos que el nombre de Dios sea considerado santo, su reino no vendrá ni puede venir a este mundo. Pero nosotros, que consideramos su nombre como santo, tenemos la responsabilidad de hacer que el reino de Dios se manifieste.

Juan Calvino dijo que la tarea de la iglesia es hacer visible el reino invisible. Lo hacemos viviendo de tal manera que demos testimonio de la realidad del reinado de Cristo en nuestros trabajos, nuestras familias, nuestras escuelas e incluso en nuestras chequeras, porque Dios en Cristo es Rey sobre cada una de estas esferas de la vida. La única manera en que el reino de Dios se manifestará en este mundo antes de que Cristo venga es si lo manifestamos mediante la manera en que vivimos como ciudadanos del cielo y súbditos del Rey.



HÁGASE TU VOLUNTAD

A LO LARGO DE LOS AÑOS DE MI MINISTERIO, me han hecho muchas preguntas sobre la Biblia, la teología y la vida cristiana. Pero la pregunta que probablemente me han hecho más que cualquier otra es ésta: ¿cómo puedo saber cuál es la voluntad de Dios para mi vida? Si hay algún concepto sobre el cual existe confusión entre los creyentes hoy en día, es la voluntad de Dios.

Esta cuestión surge en el Padrenuestro, la oración modelo que Jesús dio a sus discípulos en respuesta a su petición de que les enseñara a orar. Hemos visto que les enseñó a orar, primero: “Santificado sea tu nombre”, pidiendo que el nombre de Dios fuera considerado santo. Luego les ordenó orar: “Venga tu reino”, que es una petición para que el gobierno y el reinado de Cristo se manifiesten en el mundo. La tercera petición del Padrenuestro está estrechamente relacionada con las dos primeras y se desprende de ellas en cierto sentido. Esta petición es: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo” (Mateo 6:10b).

A primera vista, parece increíble que Jesús les haya dicho a sus seguidores que oraran para que la voluntad de Dios se hiciera en la tierra como en el cielo. De hecho, parece casi herético que Jesús le diera a su iglesia semejante mandato. ¿No sabía Él que la voluntad de Dios siempre se cumple? ¿No comprendía Él la enseñanza bíblica sobre la soberanía divina, la verdad de que todas las cosas suceden porque Dios así lo ha decretado?

Cuando me preguntan sobre la voluntad de Dios y trato de desentrañar este difícil tema, suelo empezar recordando a la gente que hay al menos dos palabras griegas

diferentes en el Nuevo Testamento que se traducen con la palabra inglesa "will". Estas palabras, thelema y boulema, tienen varios matices de significado, por lo que no siempre resulta inmediatamente evidente al examinar un pasaje del Nuevo Testamento qué se entiende exactamente por la voluntad de Dios. Sin embargo, hay tres formas en las que este concepto se entiende más comúnmente.

La primera es lo que llamamos la voluntad soberana y eficaz de Dios. Cuando la Biblia habla de la voluntad de Dios en este sentido, está describiendo la voluntad que hace que todo lo que Él decreta se cumpla. Cuando Dios quiso que se creara el universo y dijo: "Sea la luz", esa expresión de Su voluntad soberana se cumplió instantáneamente; como dice Génesis, "hubo luz". Dios habló y las luces se encendieron. De la misma manera, cuando Cristo le ordenó a Lázaro que se levantara de entre los muertos y saliera de su tumba, esa orden fue eficaz: Lázaro obedeció instantánea e inmediatamente. La voluntad soberana y eficaz de Dios es la voluntad que hace que suceda todo lo que Él decreta.

En segundo lugar, la Biblia habla de la voluntad de Dios con respecto a lo que llamamos Su voluntad preceptiva. La voluntad preceptiva tiene que ver con Su ley y Sus mandamientos, los preceptos que Él emite para regular el comportamiento de Su creación. Es la voluntad de Dios que no tengas otros dioses delante de Él, que honres a tu padre y a tu madre, que recuerdes el día de reposo, etc. Tenga en cuenta que la voluntad preceptiva de Dios puede ser violada y se viola todos los días. Siendo pecadores, desobedecemos la voluntad de Dios.

En tercer lugar, la Biblia habla de la voluntad de Dios en términos de su disposición o inclinación básica. En este sentido, la voluntad de Dios tiene que ver con lo que le agrada o le desagrada.

Permítanme ilustrar cómo un versículo de las Escrituras puede ser interpretado de manera diferente si aplicamos estos diferentes matices de significado. La Biblia dice: "El Señor no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 Pedro 3:9, énfasis añadido). Si el texto significa que Dios no quiere que ninguno perezca en el sentido soberano y eficaz, entonces debe ser el caso de que nadie perezca. Si significa que Él no quiere que ninguno perezca en el sentido preceptivo, simplemente significa que Dios ha declarado que nadie debe participar en la actividad de perecer, y hacerlo es un pecado. Si se refiere al carácter de Dios, simplemente está diciendo que Él no se complace cuando alguien perece, que no disfruta de la realidad de que no todos son salvos. Obviamente, las primeras dos interpretaciones pueden descartarse por las enseñanzas que se encuentran

en otras partes de las Escrituras, de modo que podemos concluir que Pedro nos está diciendo que Dios no se complace en la muerte de los malvados.

El significado que Jesús quería transmitir

Es evidente que este concepto de la voluntad de Dios es central para nuestra comprensión de la vida cristiana y de las Escrituras. Y vemos que es importante incluso en nuestra vida de oración, pues Jesús nos instruye a orar para que se cumpla la voluntad de Dios. Pero ¿qué estaba diciendo Jesús a sus discípulos que pidieran exactamente cuando les hizo esta petición?

Esta petición podría ser una súplica para que se cumpla la voluntad soberana de Dios. Si alguna vez hubo una petición de oración que pudiéramos saber con certeza que se cumpliría, sería esa, porque sabemos que la voluntad de Dios se hará en última instancia. Si esta es la interpretación correcta, entonces Jesús está diciendo: “Quiero que recuerden de nuevo, cuando estén de rodillas ante Dios, quién es Él y quiénes son ustedes, y qué voluntad va a prevalecer”. Sin duda, necesitamos recordatorios frecuentes de esa verdad. Si tuviera un dólar por cada cristiano profesante que me ha dicho que la soberanía de Dios está limitada por el libre albedrío del hombre, sería muy rico. Sólo puedo esperar que quienes hacen esa declaración no hayan pensado mucho en ella, porque se acerca peligrosamente a la blasfemia, ya que hace que el hombre sea soberano. El mejor enfoque es decir: “Sí, tenemos libre albedrío, pero nuestro libre albedrío está siempre y en todas partes limitado por la soberanía de Dios”. Cuando hay un conflicto entre mi voluntad y la voluntad de Dios, la mía tiene que ceder. No es mi voluntad, sino la suya la que es soberana. Así que tal vez Jesús simplemente nos está recordando quién es soberano, incorporando en el Padrenuestro una salvaguarda contra una visión exaltada de la voluntad humana y brindando una manera para que Su pueblo reconozca la soberanía de Dios.

Sin embargo, no creo que ese sea el punto. Digo esto porque Jesús no nos dice simplemente que oremos “hágase tu voluntad”, sino que añade un calificativo: nos dice que oremos para que la voluntad de Dios se haga “en la tierra como en el cielo”. Estas palabras sugieren que hay una discrepancia entre el cumplimiento de la voluntad de Dios que Jesús tiene en mente aquí en la tierra y su cumplimiento en el cielo.

Sabemos que la voluntad soberana de Dios siempre se cumple, no sólo en el cielo sino también en la tierra. Por eso no creo que Jesús se esté refiriendo aquí a la voluntad

soberana de Dios. Creo que debe tener en mente la voluntad preceptiva de Dios, porque la voluntad preceptiva de Dios siempre es obedecida por los ángeles y por los creyentes glorificados en el cielo. No hay pecado en el cielo. No hay conflicto entre la voluntad de las criaturas que están reunidas en torno a la presencia de Dios y Su santa voluntad. Esto se debe a que todos los que están en el cielo han sido llevados a una conformidad plena con la ley de Dios. En lugar de irritarse contra la ley de Dios, se glorían en ella.

En su primera pregunta, el Catecismo Menor de Westminster pregunta: “¿Cuál es el fin principal del hombre?”. Luego responde: “El fin principal del hombre es glorificar a Dios y disfrutar de Él para siempre”. Cuando aprendí esa pregunta y respuesta cuando era niño, no tenía sentido para mí, aunque entendí el mensaje. Llegué a la conclusión de que para glorificar a Dios, tenía que obedecerlo; que tenía que hacer lo que Dios quería que hiciera en lugar de lo que yo quería hacer. En resumen, entendí que se suponía que debía ser un buen chico, pero no podía ver cómo podría haber algún gozo en eso. Incluso después de años de estudiar teología, todavía lucho con eso. Usted también lucha con eso. Debido a que somos seres caídos, creemos que encontraremos alegría y placer no en la obediencia a Dios sino en el pecado. Esa perspectiva de alegría y placer es lo que hace que el pecado sea tan atractivo. Sin embargo, hay una diferencia entre alegría y placer, una diferencia eterna. En esa primera pregunta, el catecismo busca comunicar el vínculo entre la glorificación de Dios y la alegría. Nuestro fin principal, nuestro propósito principal en nuestra existencia, nuestra razón primordial de ser, es glorificar a Dios. Y eso tiene una ventaja: al glorificarlo mediante la obediencia, lo disfrutamos.

Los que se reúnen en torno a la presencia de Dios en el cielo están haciendo dos cosas. En primer lugar, están glorificando a Dios. ¿No es interesante que la etapa final de nuestra santificación se describa en el Nuevo Testamento como “glorificación”? Seremos glorificados, y nuestra glorificación será para Su glorificación. Los glorificados son los que glorifican a Dios en el cielo. En segundo lugar, los creyentes que ahora están en el cielo están disfrutando de Dios. La glorificación de Dios en el cielo trae un gozo inefable, eterno e ininterrumpido. Jesús dijo a sus discípulos que había venido para que “vuestro gozo sea cumplido” (Juan 15:11b), y esa plenitud ocurre cuando llegamos al cielo.

En esta petición, Jesús afirma que la voluntad de Dios se hace en el cielo. Sin embargo, también afirma que no se hace aquí. La gente aquí en la tierra no se esfuerza por glorificar a Dios. No busca el reino de Dios. No santifica el nombre de Dios. Por eso Jesús dice que debemos orar: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”.

"Si es tu voluntad..."

Para mi gran pesar, a veces oigo a gente decir, en su celo por el fervor y la eficacia en la oración, que nunca debemos calificar nuestras peticiones de oración con las palabras "si es tu voluntad". Algunos incluso dirán que añadir esas palabras, esos términos condicionales, a nuestras oraciones es un acto de incredulidad. Hoy se nos dice que en la valentía de la fe debemos "nombrarlo y reclamarlo". Supongo que debería ser más mesurado en mi respuesta a esta tendencia, pero no puedo pensar en nada más ajeno a la enseñanza de Cristo. Venimos a la presencia de Dios con valentía, pero nunca con arrogancia. Sí, podemos nombrar y reclamar aquellas cosas que Dios ha prometido claramente en las Escrituras. Por ejemplo, podemos reclamar la certeza del perdón si confesamos nuestros pecados delante de Él, porque Él lo promete. Pero cuando se trata de obtener un aumento de sueldo, comprar una casa o encontrar la curación de una enfermedad, Dios no ha hecho ese tipo de promesas específicas en ninguna parte de las Escrituras, por lo que no somos libres de nombrar y reclamar esas cosas.

Como mencioné antes, cuando nos presentamos ante Dios, debemos recordar dos hechos simples: quién es Él y quiénes somos nosotros. Debemos recordar que estamos hablando con el Rey, el Soberano, el Creador, pero que nosotros somos sólo criaturas. Si tenemos en cuenta estos hechos, oraremos educadamente. Diremos: "Con tu permiso", "Como desees", "Si te place", etc. Así es como nos presentamos ante Dios. Decir que es una manifestación de incredulidad o de debilidad de fe decirle a Dios "si es tu voluntad" es calumniar al mismísimo Señor del Padrenuestro.

Después de todo, fue Jesús quien, en su momento de mayor pasión, oró para conocer la voluntad de Dios. En su Evangelio, Lucas nos dice que inmediatamente después de la Última Cena:

Salió, y se fue, como solía, al monte de los Olivos; y le siguieron también sus discípulos. Cuando llegó a aquel lugar, les dijo: Orad para que no entréis en tentación. Y se apartó de ellos como a tiro de piedra; y puesto de rodillas oró, diciendo: Padre, si es tu voluntad, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Entonces se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba con más fervor; y su sudor se convirtió en grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra. (Lucas 22:39-44)

Es importante ver lo que Jesús dice aquí en oración: "No se haga mi voluntad, sino la tuya". Jesús no estaba diciendo: "No quiero ser obediente" o "Me niego a someterme". Jesús

estaba diciendo: "Padre, si hubiera otra manera, en igualdad de condiciones, preferiría no tener que hacerlo de esta manera. Lo que has puesto delante de mí es más espantoso de lo que puedo contemplar. Estoy entrando en mi gran pasión y estoy aterrorizado, pero si esto es lo que quieres, esto es lo que haré. No se haga mi voluntad, sino la tuya, porque mi voluntad es hacer la tuya".

También quiero que se fijen en lo que sucedió después de que Jesús oró. Lucas nos dice que un ángel se le acercó y lo fortaleció. El ángel era el mensajero de Dios. Él vino del cielo con la respuesta del Padre a la oración de Jesús. Esa respuesta fue esta: "Debes beber la copa".

Esto es lo que significa orar para que se haga la voluntad de Dios. La más alta expresión de fe es someterse a la soberanía de Dios. La verdadera oración de fe es la oración que confía en Dios sin importar si la respuesta es sí o no. No hace falta fe para "reclamar", como un ladrón, algo que no nos corresponde. Debemos acercarnos a Dios y decirle lo que queremos, pero debemos confiar en que Él nos dará la respuesta que sea mejor para nosotros. Eso es lo que hizo Jesús.

Como Lucas nos dice que el Padre envió un ángel para fortalecer a su Hijo, yo esperarí que la agonía del alma de Jesús se hubiera aliviado. Sin embargo, parece que con la llegada de la fuerza del ángel vino un aumento en la agonía de Cristo, un aumento tan profundo que comenzó a sudar tan profusamente que era "como grandes gotas de sangre". En un sermón sobre Lucas 22:44, Jonathan Edwards dijo que este aumento en la agonía de Jesús se debió a una comprensión plena de la voluntad de Dios para Él en su pasión. Había llegado al huerto con el temor de tener que beber la copa. Una vez que supo que era en verdad la voluntad de Dios que la bebiera, tuvo un nuevo temor: el de no poder hacerlo. En otras palabras, Jesús ahora estaba en agonía por no dejar de obedecer completa y perfectamente la voluntad de Dios.

Pero lo hizo. Bebió la copa hasta la última gota. Y en ese momento, Jesús no nos dio palabras para mostrarnos cómo orar; nos dio su vida como ejemplo de oración para que la voluntad de Dios se hiciera en la tierra como en el cielo.



EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DÁNOSLO HOY

LOS CRISTIANOS A MENUDO UTILIZAN UN ACROSTICO SIMPLE COMO GUIA PARA LA ORACION: HECHOS. Cada una de las letras de este acróstico representa uno de los elementos clave de la oración:

Adoración

Confesión

Acción de gracias

Súplica

Pero este acróstico no sólo nos recuerda los elementos de la oración, sino que nos muestra la prioridad que debemos dar a cada uno de ellos. El primer elemento de la oración debe ser la adoración o alabanza. Los Salmos, que son ejemplos inspirados de oración piadosa, están muy inclinados hacia la adoración. He notado a lo largo de muchos años que, a medida que crecemos en la disciplina y en el deleite de la oración, parece que naturalmente dedicamos más y más tiempo a este primer elemento. En segundo lugar, la oración debe incluir la confesión de nuestro pecado; al recordar quiénes somos cuando llegamos a la presencia de Dios, vemos que nos hemos quedado cortos de Su santidad y tenemos necesidad de Su perdón. En tercer lugar, cuando oramos, siempre debemos dar gracias, recordando la gracia y la misericordia que Dios ha mostrado hacia nosotros. En cuarto lugar, la oración incluye correctamente la súplica o petición, llevando a Dios nuestras peticiones por las necesidades de los demás y de nosotros mismos.

Creo que este es un acróstico útil para recordar tanto los elementos como las prioridades de la oración. Lamentablemente, a menudo escribimos nuestra vida de oración de una forma similar a SCAT, porque comenzamos con la súplica y dedicamos muy poco tiempo, si es que dedicamos alguno, a la adoración, la confesión y la acción de gracias.

Cuando examinamos el Padrenuestro, vemos adoración al menos implícita en la petición “Santificado sea tu nombre”. Jesús reconoció que el nombre de Dios es santo. Ciertamente vemos confesión en la petición “Perdónanos nuestras deudas”, que examinaremos en el próximo capítulo. Y hay súplicas. Sin embargo, parece que la T está notoriamente ausente. ¿En qué parte del Padrenuestro encontramos alguna expresión manifiesta de gratitud a Dios? No está allí. Eso es extraño, porque como enseñó el apóstol Pablo, la acción de gracias siempre debe incluirse en nuestras oraciones: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Fil. 4:6, énfasis añadido).

Aunque la acción de gracias no se menciona explícitamente en el Padrenuestro, creo que está implícita en la petición que es el centro de atención de este capítulo: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy” (Mt. 6:11). La razón por la que hago esta afirmación es sencilla: debemos estar atentos no sólo a la necesidad que tenemos diariamente de alimento, sino a la realidad de la provisión diaria de Dios para nuestras necesidades. Esa constatación, por supuesto, debería inducirnos a una actitud de acción de gracias.

En capítulos anteriores, hemos notado que el Padrenuestro comienza con la oración: “Padre nuestro que estás en los cielos”, y luego pasa a las peticiones, comenzando con “Santificado sea tu nombre”. El enfoque de la oración en sus peticiones iniciales está en la gloria de Dios y en su reino. Ahí es donde debe estar el enfoque de nuestras oraciones. Pero luego ocurre un cambio. Con la cuarta petición, Jesús comienza a mostrarles a sus discípulos cómo deben orar por sus propias necesidades. Es en esta petición que le pedimos al Padre que nos provea nuestro pan de cada día.

'El Dios que da

Esta sencilla petición tiene mucho que enseñarnos, y quiero que observemos cada elemento de ella. En primer lugar, observemos que Jesús no nos enseñó a orar para que Dios nos venda nuestro pan de cada día o nos lo entregue a cambio de nuestro servicio; en cambio, en esta petición, le pedimos manifiestamente a Dios que nos dé algo. Le pedimos que nos dé el pan de cada día. Somos tan necesitados que estamos desamparados, pero Él es dueño de “los millares de animales en los collados” (Sal 50,10b), así que acudimos a Él

como mendigos pidiendo Su caridad. La Escritura nos asegura que podemos depender de Él para responder a tales peticiones, porque Él es un Dios dadivoso: "Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces" (Santiago 1,17a).

Dios da sus dones para proveer a las necesidades de su pueblo, porque Él es un Dios de providencia. En el libro de Génesis, Moisés nos cuenta la gran promesa de Dios a Abraham de que sería el padre de una gran nación, que sus descendientes serían como los granos de arena en la orilla del mar y como las estrellas en el cielo. En el momento en que se hizo la promesa, la esposa de Abraham, Sara, era estéril. Finalmente, después de transcurridos muchos años, Sara dio a luz un hijo, cuyo nombre fue Isaac. No hubo padres más felices en toda la historia que aquellos dos el día en que Dios comenzó a cumplir Su promesa en su vejez. Sin embargo, solo unos pocos años después llegó el día en que Dios le dijo a Abraham: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré" (Gn. 22:2). Dios estaba diciendo: "Te di este regalo, Isaac, pero ahora quiero que me lo devuelvas".

Abraham no dudó. Se nos dice que se levantó "muy de mañana" y emprendió el viaje de tres días hacia Moriah. Pero cuando él e Isaac llegaron al monte que Dios les había asignado y estaban subiendo hacia el final de este desgarrador episodio, Isaac se dio cuenta de que faltaba uno de los requisitos clave para un sacrificio. Así que le dijo a Abraham: "Mira, el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?" (v. 7b). Abraham no dijo: "Tú eres el sacrificio". En cambio, respiró profundamente y le dijo a su hijo: "Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío" (v. 8). Estaba confiando en que Dios proveería un sacrificio que no fuera Isaac, y Dios demostró ser fiel al hacer precisamente eso, deteniendo la mano de Abraham en el momento en que estaba a punto de sacrificar a Isaac y proveyendo un carnero en su lugar (v. 12-13).

Esta es la primera ocasión en la Biblia en que se menciona la idea de la providencia divina. La providencia tiene que ver con la provisión de Dios. Un elemento integral de esa providencia es Su provisión para nuestra necesidad suprema de salvación: Él proveyó a Jesús, el Cordero sin defecto, quien fue crucificado por nosotros. El Dios de la providencia también se preocupa por nuestras necesidades mundanas y cotidianas, como alimento para comer, agua para beber, ropa para vestir y refugio para nuestros cuerpos. Por lo tanto, en Su providencia, Él hace que crezcan los cultivos, hace que caiga la lluvia y nos provee lo que necesitamos para la ropa y los hogares. Él nos da lo que necesitamos para la vida diaria.

David escribió: "Joven fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan" (Salmos 37:25). Ese es un tremendo testimonio de la constancia con la que Dios responde las oraciones de su pueblo cuando le traen sus necesidades.

Por eso, en esta petición oramos: "En tu soberana providencia, oh Dios, por favor danos lo que necesitamos. Así como cuidas de nosotros, por favor proporciónanos las cosas que requerimos para vivir en este mundo".

De paso, creo que es importante señalar que existe una relación sinérgica entre la providencia divina y nuestro propio trabajo. Jesús no nos dijo que le pidiéramos al Señor nuestro pan de cada día para poder dormir hasta tarde cada mañana y no hacer ningún esfuerzo por producir el fruto de un trabajo honesto. Al contrario, Dios nos manda a ser productivos en nuestro trabajo y en lo que respecta a la provisión de nuestras necesidades diarias. El apóstol Pablo nos dice que "si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo" (1 Tim. 5:8). Así que, por un lado, tenemos que confiar en la providencia benévola de Dios para que nos dé nuestro pan de cada día, y por otro lado, debemos ser industriosos, haciendo todo lo que podamos para proveer para nuestras familias. Dios normalmente trabaja a través de medios, y normalmente provee a través de los medios de nuestro trabajo.

Confiando en Dios día a día

En segundo lugar, observemos que cuando le pedimos a Dios que nos dé nuestro pan, no debemos pedirle que nos lo dé semanalmente o mensualmente, sino diariamente. Debemos pedirle el pan de un día a la vez.

Me mudé con mi familia a Holanda durante un tiempo cuando estaba trabajando en mi doctorado. Vivíamos en un pueblo donde casi nadie hablaba inglés, así que nos vimos obligados a aprender algo de holandés rudimentario lo más rápido que pudimos. Sherrie, nuestra hija, tenía unos tres años en ese momento, y la primera palabra en holandés que aprendió fue snoepja, que significa un pequeño trozo de caramelo. Supongo que esa es la palabra que todos los niños holandeses aprenden primero. Pero la primera frase básica que aprendió no tenía que ver con los dulces. Todas las mañanas, cuando llegaba el panadero, alguien llamaba a la puerta y Sherrie se encargaba de abrir. Miraba al panadero y decía: "Dag mijnheer bakker, een halfje gesneden brood alstublieft". Eso significaba: "Buenos días, señor panadero, media hogaza de pan de molde, por favor". Esa fue la primera frase básica que aprendió a decir y la dominó en poco tiempo porque la decía todos los días. En

Holanda, en aquella época, no se iba a la tienda a comprar una barra de pan, se la llevaba a casa y se la consumía durante toda la semana. El pan que había disponible (que, por cierto, era el pan más delicioso que he comido en mi vida) tenía que ser entregado a domicilio todos los días. No tenía conservantes, así que al cabo de un día era prácticamente incomible. Así que teníamos que tener pan fresco todos los días.

¿Por qué Jesús hace tanto hincapié en el pan de cada día? Dudo que tuviera algo que ver con la falta de conservantes en el pan de esa época. Más bien, creo que Jesús tenía una razón mucho más profunda para instruirnos a pedir el pan de cada día. Creo que lo hizo principalmente para enseñarnos que debemos reconocer nuestra dependencia de la providencia de Dios para que nos sustente día a día. Estaba diciendo que deberíamos vivir en una dependencia diaria de la provisión que Dios nos da.

Éste fue un tema recurrente en la enseñanza de Jesús. En el mismo Sermón del Monte donde Jesús enseñó el Padre Nuestro, también dijo:

“No os afanáis por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis; ni por vuestro cuerpo, qué vestiréis... Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?... Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?... Así que, no os afanáis por el día de mañana” (Mateo 6:25-34a).

En ese mismo contexto, Jesús también dijo: “¿Qué hombre hay de vosotros que, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?” (Mateo 7:9-11). Jesús enseñó que Dios da dones perfectos, y que Él está dispuesto y es capaz de satisfacer nuestras necesidades diarias, las cuales debemos presentar ante Él diariamente.

En esta era moderna, tenemos la tendencia a no vivir al día en función de las cosas que necesitamos comer. Nos abastecemos de alimentos. Tenemos refrigeradores y congeladores que prolongan la vida de nuestros alimentos y los mantienen frescos. Por eso, no es nuestra costumbre enfrentarnos cada nuevo día con la nueva necesidad de encontrar alimentos para nuestro sustento. Dada esta costumbre, tenemos una poderosa necesidad

de rezar esta petición del Padre Nuestro y comprender nuestra constante dependencia de la provisión de Dios para sustentar nuestras vidas.

Pan del cielo

En tercer lugar, Jesús nos enseña a orar para que Dios nos dé el pan de cada día. Obviamente, Jesús no estaba diciendo a sus discípulos que oraran sólo por el pan, pero el pan era un alimento básico en la dieta de los judíos, y lo había sido durante muchos años. Además, el pan era un símbolo poderoso de la provisión de Dios para su pueblo en el Antiguo Testamento. Recordamos cómo Dios cuidó a los israelitas cuando estaban en el desierto después de su éxodo de Egipto. La vida en el desierto era dura, y pronto el pueblo comenzó a quejarse de que sería mejor estar de regreso en Egipto, donde tenían comida maravillosa para comer. En respuesta a estas quejas, Dios prometió "hacer llover pan del cielo" (Éxodo 16:4). A la mañana siguiente, cuando se disipó el rocío, quedó en el suelo "una sustancia menuda, redonda, fina como la escarcha... Era como semilla de cilantro blanco, y su sabor era como de hojuelas con miel" (vv. 14, 31). Cuando Dios alimentó milagrosamente a su pueblo desde el cielo, lo hizo dándoles pan.

Me resulta interesante que en el lenguaje de la cultura occidental, a veces hablamos de uno de los miembros de la pareja (antes era casi exclusivamente el marido, pero ya no tanto en la actualidad) como el que aporta el dinero a la familia. Pero más coloquialmente, llamamos a ese miembro de la pareja "el sustentador de la familia". Incluso en nuestra jerga, utilizamos la palabra pan como sinónimo de "dinero". El pan sigue siendo, al menos en nuestro idioma, un poderoso símbolo de la base rudimentaria de la provisión de nuestras necesidades.

Después de terminar la guerra de Corea, Corea del Sur se quedó con un gran número de niños que habían quedado huérfanos a causa de la guerra. Hemos visto lo mismo en el conflicto de Vietnam, en Bosnia y en otros lugares. En el caso de Corea, las agencias de ayuda llegaron para ocuparse de todos los problemas que surgieron en relación con tener tantos niños huérfanos. Una de las personas que participaron en esta labor de ayuda me contó un problema que encontraron con los niños que estaban en los orfanatos. Aunque los niños tenían tres comidas al día, estaban inquietos y ansiosos por la noche y tenían dificultades para dormir. Al hablar con los niños, pronto descubrieron que los niños tenían una gran ansiedad sobre si tendrían comida al día siguiente. Para ayudar a resolver este problema, los trabajadores de ayuda en un orfanato en particular decidieron que cada noche, cuando los niños fueran a la cama, las enfermeras allí colocarían una sola pieza de

pan en la mano de cada niño. El pan no estaba destinado a ser comido; simplemente estaba destinado a ser sostenido por los niños mientras se iban a dormir. Era una "manta de seguridad" para ellos, que les recordaba que habría provisiones para sus necesidades diarias. Efectivamente, el pan calmó las ansiedades de los niños y los ayudó a dormir. De la misma manera, nos reconforta saber que nuestras necesidades físicas están satisfechas, que tenemos comida, o "pan", para nuestras necesidades.

Esta petición del Padrenuestro nos enseña, pues, a acercarnos a Dios con un espíritu de humilde dependencia, pidiéndole que nos provea de lo que necesitamos y que nos sostenga día a día. No se nos da licencia para pedir grandes riquezas, pero se nos anima a hacerle saber nuestras necesidades, confiando en que Él proveerá.

Si nos damos cuenta de que la mano de Dios parece invisible para nosotros y que no podemos discernir su intrusión providencial en nuestras vidas, eso puede deberse en parte a la manera en que oramos. Tenemos una tendencia a orar en general. Cuando oramos en general, la única manera en que veremos la mano de la providencia de Dios es en general. Cuando entramos en oración, esta conversación y comunión con Dios, y ponemos nuestras peticiones delante de Él, derramando nuestra alma y nuestras necesidades específicamente, vemos respuestas específicas a nuestras oraciones. Nuestro Padre nos ha invitado a ir a Él y pedirle nuestro pan de cada día. Él no dejará de proporcionárnoslo.



PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS

UNA VEZ VI UN INFORME sobre un estudio de complejos de culpa entre estudiantes de varias universidades y colegios. El estudio fue diseñado para revelar los niveles de ansiedad de las personas con respecto a problemas de culpa no resueltos. Una de las escuelas en este estudio era una universidad cristiana y, para mi asombro, los estudiantes de esta universidad ocupaban el percentil noventa y nueve de las personas que andan por ahí con una culpa no resuelta. No pude evitar preguntarme cómo era posible que los estudiantes de una universidad cristiana tuvieran un grado tan alto de culpa. Si alguien debería estar libre de culpa, deberían ser los cristianos, porque los cristianos comprenden la gracia, la cruz y el perdón del Padre por nuestros pecados.

Supongo que parte de la explicación de los resultados descubiertos por este estudio es que en las universidades seculares la gente ha reprimido tanto sus sentimientos de culpa que no se sienten tan mal por su comportamiento. Cuando una persona se convierte en cristiana, se vuelve más sensible a la obligación que tenemos de obedecer a Dios, y por eso su conciencia puede ser perturbada más fácilmente. Sin embargo, algo parece estar mal aquí. Si estos estudiantes hubieran seguido el mandato de Jesús en el Padre Nuestro, no creo que hubieran tenido tanta culpa en sus corazones.

Estoy pensando, por supuesto, en la quinta petición del Padrenuestro, donde Jesús enseñó a sus discípulos a decir: "Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo 6:12). Como mencioné en el capítulo anterior cuando hablé del acróstico HECHOS, que sirve para ayudarnos a recordar los elementos de la oración y su prioridad adecuada, la confesión de los pecados debe ser una parte habitual de nuestra vida de oración, y por eso no es de sorprender que Jesús nos enseñe a buscar el perdón del Padre.

El texto de la quinta petición que he citado anteriormente está tomado de la versión New King James. Al igual que la NKJV, la mayoría de las traducciones al inglés de las Escrituras utilizan la palabra deudas aquí en Mateo 6:12. Sin embargo, en algunas iglesias, cuando se recita el Padre Nuestro, se utiliza una redacción ligeramente diferente: "Perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores". ¿Cuál de estas opciones, deudas o ofensas, es la correcta? La respuesta, por supuesto, es cualquiera de las dos. Tanto deudas como ofensas son sinónimos precisos de la palabra pecados, que es a lo que Jesús se refiere aquí.

En deuda con Dios

Sin embargo, la palabra deudas es una buena elección en este caso, porque cuando el Nuevo Testamento habla del pecado, una de las principales maneras en que se describe el pecado es como una deuda. Cuando pecamos, nos ponemos en deuda con Dios; incurrimos en una obligación; llegamos a deberle algo. Por lo tanto, cuando le pedimos perdón, le estamos pidiendo que perdone nuestra deuda.

Generalmente pensamos en las deudas en términos monetarios, pero también existen deudas morales. Imaginemos a un niño que entra en una heladería y pide un helado con dos bolas. La camarera le prepara el helado diligentemente y le dice: "Eso son dos dólares". Cuando el niño oye esto, empieza a llorar. Mira a la camarera con impotencia y dice: "Pero mi mamá sólo me dio un dólar". ¿Qué haría usted si viera que esto sucede? Haría lo que haría cualquier persona: diría: "Déjeme saldar la deuda del joven", luego metería la mano en el bolsillo, sacaría algo de dinero y le pagaría a la camarera el dólar adicional. Como el dinero que le está ofreciendo es de curso legal, la camarera tendría que aceptarlo como pago y el niño podría entonces irse a casa y disfrutar de su helado.

Pero supongamos que cuando le dijeron al niño que su helado costaría 2 dólares, se dio la vuelta y salió corriendo de la tienda sin pagar, directo a los brazos de un policía que estaba de ronda mientras la camarera gritaba: "Alto, ladrón". El policía llevaría al niño de vuelta a la tienda y le preguntaría a la camarera qué había pasado, y ella le explicaría que el niño acababa de robar el helado. Una vez más, usted ve que todo esto sucede, así que dice: "Espere un minuto, policía, por favor no ponga a este niño en la cárcel, yo pagaré su helado". En este escenario, la camarera no tiene por qué aceptar su dinero porque ahora el niño tiene una deuda moral, no sólo una deuda monetaria.

La distinción entre una deuda monetaria y una deuda moral es importante porque nos puede dar una comprensión más profunda de lo que ocurrió en la cruz. 'Cuando pecamos,

caímos en una deuda moral con Dios. Jesús pagó nuestra deuda en la cruz, pero como era una deuda moral, el Padre no estaba obligado a aceptar el pago del Hijo. Sin embargo, en Su misericordia y Su gracia, permitió que Jesús pagara nuestra deuda moral.

Una deuda imposible

Debemos estar eternamente agradecidos de que el Hijo intervino para pagar nuestra deuda con el Padre, porque, como también lo deja claro la Biblia, nuestra deuda era tan grande que no podríamos pagarla. Si alguien me dijera que le debo 10.000 dólares y que tendría que ir a la cárcel si no conseguía pagarlo en una semana, creo que podría encontrar el dinero para no ir a la cárcel. Pero si esa persona dijera que le debo 10.000 millones de dólares, mi situación sería desesperada. No creo que los activos combinados de todas las personas que conozco alcancen los 10.000 millones de dólares, pero nuestra obligación moral con Dios es mucho mayor que una deuda monetaria de 10.000 millones de dólares.

¿Cuál es la naturaleza de nuestra deuda con Dios? Él nos ha ordenado que seamos santos, como Él es santo; que seamos perfectos, como Él es perfecto. Con un pecado, una transgresión, nos quedamos irremediabilmente cortos de ese estándar, colocándonos en una posición de endeudamiento de la que nunca podremos escapar. Has escuchado el adagio de que todos tienen derecho a cometer un error. Eso es parte de la mentalidad de los Estados Unidos, donde creemos que tenemos derecho a todo tipo de cosas. En verdad, lo único a lo que tenemos derecho es al castigo eterno en el infierno. Dios nunca dijo que tenemos derecho a cometer un error, y si lo tuviéramos, ¿cuánto tiempo hace que cada uno de nosotros agotó su único error? Hemos pecado contra Dios y Su perfecta santidad varias veces desde que nos levantamos de nuestras camas esta mañana. ¿Cuán grande es nuestra deuda después de una vida de pecado?

El apóstol Pablo, hablando de los incrédulos, dijo: “Por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios” (Romanos 2:5). Pablo estaba diciendo que cada día que una persona permanece en esta vida sin caer de rodillas y pedirle a Dios que perdone sus deudas, está aumentando ese “tesoro de ira”. El problema es que la misericordia y la paciencia de Dios convencen a las personas impenitentes de que, dado que han escapado del juicio de Dios hasta ahora, lo escapan para siempre. Este es el tipo de personas que me dicen una y otra vez: “Es bueno que seas cristiano, pero no siento la necesidad de Jesús”. Cuando escucho eso, quiero llorar. Quiero decir: “¿No entiendes que lo que necesitas más desesperadamente

que cualquier cosa en el mundo es a Jesús? ¿No sientes el peso de esa deuda que no puedes pagar?" Quiero ayudarles a ver que cuando les exijan el pago de esa deuda, será la crisis más grave que hayan enfrentado jamás, porque no podrán pagarla.

Jesús amó tanto a las personas que les advirtió y les enseñó a pedir perdón a Dios. Por eso dijo: "Vosotros, pues, orad así: Perdónanos nuestras deudas".

El pecado como crimen y enemistad

Como mencioné, una de las principales maneras en que el Nuevo Testamento describe el pecado es como una deuda. Pero también habla del pecado como un crimen y como un estado de enemistad. Creo que vale la pena considerar brevemente estas descripciones del pecado para que entendamos lo que está en juego cuando acudimos al Padre para buscar Su perdón.

En primer lugar, el pecado se describe como un crimen. Imaginemos a un hombre que es llevado a juicio acusado de asesinato en primer grado. Cuando fue arrestado, sostenía una pistola humeante. Una cámara de vídeo grabó su acto sangriento. Los testigos están dispuestos a testificar que, antes del crimen, se jactó de su intención de asesinar. Todas las pruebas indican la culpabilidad del acusado, pero cuando se le pide que se declare culpable, dice: "No culpable". Luego le dice al juez: "No puedo ser culpable porque no me siento culpable". ¿Es probable que el juez preste atención a esa defensa? No. La cuestión de la culpabilidad del acusado no es una cuestión de sentimientos. Es algo objetivo, no subjetivo. Es una cuestión de si esa persona, de hecho, ha infringido la ley.

El Catecismo Menor de Westminster pregunta: "¿Qué es el pecado?" Y responde: "El pecado es toda falta de conformidad con la ley de Dios o transgresión de ella" (P. 14). Por lo tanto, el pecado es una transgresión o violación de la ley. Si una violación demostrada de la ley del hombre constituye un delito, también lo constituye una violación demostrada de la ley de Dios.

Las Escrituras describen a Dios como el Juez. Ciertamente, Él no nos juzgará por nuestros sentimientos, sino por Su ley. Su juicio será perfecto, absolutamente justo. Él debe castigar las violaciones de Su ley. Por lo tanto, con toda seguridad seremos hallados culpables de nuestros crímenes, a menos que alguien más actúe como sustituto nuestro y reciba el castigo que merecemos.

En segundo lugar, el pecado se describe como un estado de enemistad o alejamiento. Los seres humanos, por naturaleza, somos enemigos de Dios. En nuestro estado natural, nos dice la Escritura, estamos alejados de nuestro Padre celestial, el que nos creó y nos sustenta. Las personas pueden pensar que no sienten ninguna hostilidad hacia Él, pero la Biblia deja en claro que en nuestros corazones, antes de nuestra regeneración, lo odiamos. Necesitamos reconciliarnos con Él. Necesitamos estar en paz con Él.

¿Por qué los hombres odian el bacalao?

Hace muchos años, leí un sermón de Jonathan Edwards titulado “Los hombres son enemigos de Dios por naturaleza”. En ese sermón, que se basaba en Romanos 5:10, Edwards exploró las razones por las que somos hostiles hacia Dios. Identificó algunos aspectos de la naturaleza de Dios que provocan hostilidad en nosotros.

En primer lugar, Dios es santo y nosotros no. Las personas que no son santas no aprecian un criterio que revele su injusticia. Si Dios no fuera tan santo y nosotros no fuéramos tan pecadores, tal vez podríamos llevarnos bien. Pero la perfecta santidad de Dios y nuestra pecaminosidad se combinan para crear una brecha que no podemos cerrar. Puede cerrarse solo mediante la obra mediadora del Salvador, que ofrece perdón por nuestro pecado.

En segundo lugar, Dios es omnisciente. Como Dios ve y sabe todo, no podemos escondernos de Él. Podemos escondernos de la mirada de los humanos en nuestro pecado privado, pero no hay forma de evitar la mirada de Dios. Cuando era niño, mi madre trabajaba en la oficina con mi padre y yo tenía mucho tiempo libre sin supervisión. Ella me decía: "No puedo vigilarte hoy, pero Dios te está vigilando". Era peor que Papá Noel haciendo su lista y revisándola dos veces. Bueno, crecí y fui a la universidad, fui al seminario e hice estudios de doctorado, así que aprendí algo de teología. Con el tiempo, me di cuenta de que la forma sencilla en que mi madre hablaba de que Dios me miraba todo el tiempo era exactamente correcta. Nada escapa a Su atención. Como dijo David: "¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subo a los cielos, allí estás tú; y si preparo mi estrado en el Seol, he aquí, allí estás tú" (Salmo 139:7-8). De la misma manera, Jesús dijo que tendremos que dar cuenta de cada “palabra ociosa” que digamos (Mateo 12:36). Dios podrá exigirnos que rindamos cuentas porque Él conoce cada palabra ociosa que sale de nuestros labios. Puedo imaginarme de pie ante el tribunal de la justicia de Dios y escuchando una grabación de cada cosa ofensiva que haya dicho alguna vez. No quiero que eso suceda. Quiero que mi pecado quede cubierto mucho antes de llegar a ese punto.

En tercer lugar, Dios es omnipotente. Si Él fuera santo y supiera todo acerca de nosotros, pero fuera impotente, no tendríamos de qué preocuparnos. Pero Él es todopoderoso; no hay fuerza en el cielo ni en la tierra que pueda subyugar Su poder. Como declara el salmista: “Se levantaron los reyes del mundo, y príncipes consultaron unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos” (Salmos 2:2-4). Las conspiraciones contra la soberanía de Dios eran tan inútiles que daban risa. Jeremías escribió: “Oh Jehová, tú me indujiste, y yo quedé persuadido; más fuerte eres que yo, y has vencido” (20:7a). Si Dios hace valer Su fuerza, prevalecerá. Nada puede vencer el poder de Dios.

En cuarto lugar, Dios es inmutable. No cambia. Cuando leí este punto en el sermón de Edwards, pensé: puedo entender por qué no nos gusta la santidad, la omnisciencia y el poder de Dios, pero ¿qué me haría ser hostil hacia su inmutabilidad? Edwards anticipó mi desconcierto. Señaló que la inmutabilidad de Dios significa que no sólo ha sido absolutamente santo desde la eternidad hasta la eternidad, sino que no hay esperanza de que alguna vez deje de ser santo. A veces, deseamos que la gente justa fracase, para no avergonzarnos de su excelencia. La santidad de Dios, en cambio, es una santidad inmutable. Él nunca dejará de ser otra cosa que perfectamente santo.

Tampoco podemos esperar que la omnisciencia de Dios le falle algún día. Dios prometió por medio de Jeremías que “perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (31:34b). A veces pensamos que este tipo de declaración significa que Dios “perdona y olvida”, que una vez que nos ha perdonado, nunca recuerda que alguna vez pecamos. Eso no es lo que significa este pasaje en absoluto. Dios conoce cada pecado que he cometido y cada pecado mío que ha perdonado, y siempre tendrá ese conocimiento, porque Su conocimiento es inmutable. Cuando la Biblia habla de que Dios olvida nuestros pecados, significa que ya no los recuerda en nuestra contra. Aunque Él es plenamente consciente de nuestras transgresiones, no nos las recuerda, no las trae a la mente, no las tiene en cuenta. Esa es la esencia del perdón, y debemos imitarla en este mundo. Cuando le digo a alguien: “Te perdono”, me comprometo con esa persona a no volver a mencionarlo.

Finalmente, no hay esperanza de que Dios pierda jamás nada de su poder. Su brazo derecho no se marchitará. Él siempre será omnipotente.

Todo esto nos enseña qué formidable oponente es Dios. Cuando somos hostiles hacia Él, cuando nos alejamos de Él, entramos en una batalla que no podemos ganar. La única manera de que la batalla termine es mediante nuestra rendición incondicional. Eso es lo que hago cuando me arrodillo y digo: "Perdóname mis deudas". Me doy por vencido. Estoy diciendo: "Dios, no puedo luchar contra Ti. No quiero estar alejado de Ti. Quiero ser restaurado a Ti. Quiero ser capaz de amarte, no odiarte. Quiero que me ames, a pesar de mi hostilidad hacia Ti". Orar la quinta petición del Padrenuestro es pedir la paz.

Una condición aterradora

Sin embargo, observemos que Jesús pone una condición a esta petición. No nos dice simplemente que oremos: "Perdónanos nuestras deudas", sino que debemos pedirle a Dios que nos perdone "como nosotros perdonamos a nuestros deudores". En mi opinión, esa es una de las líneas más aterradoras del Padrenuestro. Si se toma esta condición literalmente, estamos acabados. Es evidente que si Dios me perdonara en proporción exacta a la manera en que yo distribuyo el perdón a otras personas, perecería. No puedo ser tan indulgente como Dios; ninguno de nosotros puede. Pero gracias a Dios que esto es una aspiración más que una condición, que Jesús nos está enseñando a aspirar a reflejar la bondad de Dios, a estar dispuestos a perdonar a cualquiera que haya pecado contra nosotros o nos haya ofendido cuando se arrepienta.

Jesús señala este punto en sus parábolas, subrayando que, puesto que se nos ha perdonado mucho, debemos tener un profundo espíritu de caridad hacia los demás. ¿Cómo podemos negarnos a perdonar a alguien que nos ha ofendido cuando la única razón por la que podemos vivir en el reino de Dios es que hemos recibido el perdón? El perdón es la única manera de estar en la presencia de Dios. Puesto que Dios está dispuesto a perdonarnos cuando hemos pecado mucho más radical y atrozmente contra Él de lo que nadie haya pecado jamás contra nosotros, ¿cómo podemos no estar dispuestos a perdonar?

Hay una advertencia que quiero dar. Creo que hay un grave malentendido en el mundo cristiano acerca del perdón. Muy a menudo oigo a la gente decir que si alguien peca contra ti, Dios te exige que lo perdones unilateralmente e inmediatamente, ya sea que la persona se arrepienta o no. No encuentro eso en las Escrituras, aunque sí veo a Jesús haciéndolo, cuando oró por el perdón de sus verdugos aunque no se habían arrepentido. Por supuesto, podemos perdonar a quienes nos han ofendido sin que se arrepientan. No debemos ser vengativos ni vengativos en nuestras actitudes, y si alguien me hace daño, debo estar listo y dispuesto a absorberlo en nombre del amor. Sin embargo, hay heridas que son tan graves

que hay disposiciones tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento para involucrar a las autoridades de la iglesia. Si alguien peca contra ti y vas a ver a esa persona para tratar de lograr la reconciliación pero él o ella se niega a arrepentirse, hay un proceso que debes seguir. Debes llevar contigo a otra persona para que vea a la persona ofensora, y luego, si es necesario, apelar a la iglesia (Mateo 18:15-17).

Es en este punto donde se produce la disciplina eclesiástica. Los tribunales eclesiásticos existen para resolver agravios y hacer justicia a las relaciones entre los cristianos. Si estamos obligados en toda situación a perdonar de inmediato, de manera directa y unilateral, no hay necesidad de todo el proceso de disciplina en la iglesia. Puesto que Dios da estas medidas de disciplina a la iglesia, creo que se deduce que no estamos absolutamente obligados a perdonar a todo aquel que peca contra nosotros si permanece impenitente.

El punto es que debo ser tan misericordioso con los demás como Dios lo ha sido conmigo, de modo que si alguien peca contra mí y luego reconoce su culpa, se arrepiente y se disculpa, tengo el deber de perdonarlo. Jesús dijo que debemos perdonar a nuestros hermanos "setenta veces siete" (Mateo 18:22) si pecan contra nosotros esa misma cantidad de veces. Si siguen arrepintiéndose una y otra vez, tenemos que seguir perdonando una y otra vez, porque esa es la relación básica que tenemos con Dios.

Sin embargo, como dije, es aterrador orar: "Oh Dios, perdóname en proporción a la forma en que perdono a las personas que me han ofendido". Eso me asusta, porque sé que no he sido tan misericordioso al tratar con las personas que me han ofendido como lo ha sido Dios al tratarme a mí, ni soy capaz de ser tan misericordioso. Estaré en serios problemas si Dios me concede perdón sólo en la medida en que yo esté dispuesto a concederlo a los demás.

Esta petición nos recuerda, pues, la profundidad de nuestro pecado, nuestra necesidad de confesión diaria y de perdón, pero también nuestro deber cristiano en nuestras relaciones interpersonales a nivel humano. Debemos llevar cuentas breves no sólo en nuestra relación vertical con Dios, sino también en nuestras relaciones horizontales con los demás.

Sí, todos mis pecados han sido pagados, de una vez por todas, en la cruz. Pero Jesús nos enseñó a orar pidiendo perdón como parte de nuestra comunión continua con Dios. Necesitamos una nueva comprensión, una nueva experiencia de Su gracia y de Su perdón todos los días. No hay mayor estado que levantarse de rodillas sabiendo que a los ojos de Dios estás limpio, que Él ha perdonado todos los pecados que has cometido. Sin esa gracia,

sin ese perdón, no creo que pudiera vivir en este mundo ni sesenta segundos más. Esto es algo que todos necesitamos desesperadamente, y sólo tenemos que pedirlo.



NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN, MÁS LÍBRANOS DEL MAL

Después de haber enseñado a sus discípulos a lidiar con sus pecados pasados en la quinta petición del Padrenuestro: “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”, Jesús desvió su atención del pasado hacia el futuro y se dirigió a la vulnerabilidad de sus discípulos ante los pecados que se extendían más allá del presente y hacia el futuro. Al enseñar a sus seguidores a pedir: “No nos metas en tentación, mas líbranos del mal” (Mateo 6:13a), Jesús mostró que debemos pedirle al Padre que nos libre de las tentaciones y los ataques espirituales que pueden llevarnos a cometer nuevos pecados.

Una lectura superficial de esta petición del Padrenuestro debería estremecernos hasta cierto punto, porque nada podría estar más lejos del ámbito de lo posible que el hecho de que Dios induzca a alguien a pecar. Santiago enseña en su epístola: “Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado por Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie” (1:13). Santiago continúa explicando que la seducción y la tentación a pecar surgen de nuestro interior, de nuestras propias inclinaciones y deseos malvados. Las tentaciones externas pueden venir de otros pecadores que quieren la miseria en compañía o del mismo Satanás, a quien la Biblia conoce como el tentador. Pero Dios mismo no participa en la tentación a pecar. ¿Cómo, entonces, hemos de entender esta petición?

La fuerza del lenguaje no tiene que ver con que Dios nos incite a pecar. Una mejor redacción podría ser: “No nos metas en un lugar de prueba”. Jesús está diciendo que debemos orar para que el Padre nunca nos haga pasar por una prueba severa de nuestra fe o de nuestra obediencia.

Sin embargo, a veces Dios considera que es mejor para sus hijos que pasen por pruebas. Por esta razón, vemos ejemplos en las Escrituras de personas que Dios pone a prueba a alguien para purificar su fe y refinar su justicia. Pensemos en Abraham, quien fue sometido a esa prueba abismal que se registra en Génesis 22. Durante muchos años, esperando contra toda esperanza, creyendo contra todo lo que se veía, Abraham se aferró tenazmente a la promesa de Dios de que tendría un hijo de su propio cuerpo y que con el tiempo sería el padre de una gran nación. Finalmente, en su vejez, Dios cumplió su promesa y nació el hijo de la promesa, Isaac. Pero un día terrible, Dios puso a prueba a Abraham. Dios vino a él y le dijo: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré" (Gén. 22:2). Abraham obedeció todo lo que Dios le dijo que hiciera, hasta el punto de levantar su cuchillo para matar a Isaac en el altar. Pero en el último segundo posible, Dios envió un ángel que gritó: "¡Abraham, Abraham! No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único" (22:11b-12). Abraham había pasado su prueba. Entonces se volvió y vio un carnero trabado en un zarzal por sus cuernos. Dios era Jehová Jireh, el Dios que provee. Había provisto un sustituto para ser sacrificado en lugar del hijo de Abraham.

Un mal específico

Jesús no nos enseña simplemente a orar para que Dios nos libre de las pruebas. En la segunda parte de la sexta petición, Jesús se muestra muy específico. Esta parte de la petición refuerza y amplía lo que Jesús nos enseña en esta petición, pues encontramos aquí una estrategia literaria hebrea llamada paralelismo, una técnica que vincula dos afirmaciones de modo que la segunda ilumine el significado de la primera.

Esta petición se traduce y recita con frecuencia con estas palabras: "No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal". El uso de la palabra mal en esta traducción no es preciso y suele provocar muchos malentendidos. La gente llega a todo tipo de ideas incorrectas sobre lo que significa "mal", pero el griego original deja perfectamente claro el significado.

En las Sagradas Escrituras, en el griego del Nuevo Testamento, la palabra para mal es poneron. Las dos últimas letras, -on, indican algo en particular. En el idioma griego, como en muchos otros, los sustantivos pueden ser masculinos, femeninos o neutros. A veces hacemos esto incluso en inglés cuando hablamos de barcos o incluso de coches y los llamamos con pronombres femeninos. Bueno, la terminación -on pone esta palabra griega

en forma neutra. En esta forma, se refiere al mal en abstracto. Pero esta no es la forma en la que aparece la palabra en el Padrenuestro. Aquí, la palabra griega no es poneron, es poneros, y la terminación -os en el griego indica un sustantivo masculino. Por lo tanto, lo que Jesús está diciendo aquí se traduce mejor no como "líbranos del mal", sino como "líbranos del maligno". La Nueva Versión King James lo tiene exactamente correcto, porque cuando se usa el término poneros en el Nuevo Testamento, es un título específico para Satanás.

Ahora podemos ver cómo la segunda mitad de esta petición amplifica la primera. Como revela la Escritura, Dios a menudo utiliza a Satanás para poner a prueba a sus hijos. Así, cuando Jesús nos enseña a orar: "No nos metas en tentación, mas líbranos del mal", no sólo nos está enseñando a orar para ser librados de la prueba, sino que también nos está enseñando a buscar la protección divina de las artimañas de Satanás. Nos está llamando a orar para que no quedemos expuestos a los ataques del Diablo, a sus intentos de seducirnos para que pequemos o de destruir nuestra confianza en nuestro Salvador acusándonos de nuestros fracasos y de nuestras imperfecciones.

Pruebas bíblicas de fe

Veamos algunas de las narraciones bíblicas en las que encontramos que Satanás es usado para probar a las personas. Primero, volvamos a la historia de la creación, a la pureza prístina que nuestros padres primordiales disfrutaron en el Jardín del Edén. Adán y Eva fueron creados y vivieron inicialmente sin pecado, en un estado de inocencia, pero las palabras iniciales de Génesis 3 son ominosas. Están llenas de una sensación de aprensión, ya que algo oscuro y siniestro se introduce en la historia redentora con las palabras aparentemente inocuas: "Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Dios nuestro Dios había hecho" (v. 1a). Lo que sigue en esta narración es el intento de la serpiente, que es Satanás, de persuadir a Adán y Eva para que lo sigan a él en lugar de a su Creador. Se les acerca con una simple pregunta sobre la autoridad de Dios: "¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?" (v. 1b). Cuando Eva le responde a la serpiente y menciona que la muerte es la pena que Dios ha asignado por comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, Satanás lanza un ataque frontal: "No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, se os abrirán los ojos y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal" (v. 4a). En otras palabras, Satanás dice: "Dios no os ha dicho la verdad. No le creáis a Él. Creedme a mí".

El contexto de este encuentro es el estado de prueba de Adán y Eva. Dios les había dado una promesa de vida que dependía de su obediencia a su único mandato: no debían comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Cuando Dios permitió que los pusieran a prueba, fracasaron. Sucumbieron a las sutiles artimañas del maligno y hundieron a toda la raza humana en la ruina y la muerte. Esta fue una prueba monumental, una prueba de suma importancia, pero Adán y Eva fracasaron miserablemente.

Avanzamos rápidamente hasta el patriarca Job, quien, aunque era miembro de la raza caída de Adán, se distinguió por su extraordinaria rectitud y obediencia. Se nos dice que Satanás llega al cielo después de caminar de un lado a otro de la tierra. En ese encuentro, Dios le pregunta si Satanás, en sus andanzas, se había fijado en Job. Dios añade: "No hay otro como él en la tierra, hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal" (Job 1:8b). Satanás responde con desprecio burlón: "¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado con seto? [...] Has bendecido la obra de sus manos, y sus posesiones se han multiplicado en la tierra. Pero ahora, extiende tu mano y toca todo lo que tiene, ¡verás si no te maldice en tu propia cara!" (vv. 9b-11). Dios dice: "He aquí, todo lo que tiene está en tu poder; solamente que no extiendas tu mano sobre su cuerpo" (v. 12). Dios le dice a Satanás: "Puedes quitarle su riqueza, puedes quitarle su propiedad, puedes quitarle su buen nombre, su reputación, su familia, puedes afligirlo de cualquier manera que quieras, pero no puedes hacerle sufrir físicamente". Satanás no se contiene. Si algún hombre en la historia del mundo está sujeto a todos los ataques terribles que Satanás podría hacer, ese es Job. Su ganado, sus sirvientes y sus hijos son arrebatados, pero Job se niega a encontrar fallas en la providencia de Dios.

Esto lleva a la segunda visita de Satanás al cielo, donde vuelve a hablar de Job con Dios. Dios menciona que Job "se mantiene firme en su integridad, aunque tú me incitaste contra él para que lo destruyera sin causa" (2:3b). A eso, Satanás responde que Job maldeciría a Dios si sufriera en su cuerpo. Una vez más Dios accede y una vez más Satanás va tras Job con toda su furia, de modo que Job es afligido con llagas por todo su cuerpo. En medio de su sufrimiento infernal, la esposa de Job, que sin duda lo ama y cuida, y que quiere consolarlo y liberarlo de su dolor, se convierte en un instrumento de la serpiente. Ella dice: "¿Aún te mantienes firme en tu integridad? ¡Maldice a Dios y muere!" (2:9). Job apenas puede hablar, pero dice: "¿Aceptaremos de Dios el bien, y el mal no lo aceptaremos?" (2:10b). Más adelante, cuando Job soporta los "consuelos" de sus amigos, hace una declaración aún más poderosa de su confianza en Dios: "Aunque él me mate, en él esperaré" (13:15a). Eso es lo que significa ser siervo de Dios. Job pasó la prueba con una nota alta, y Dios lo bendijo y le devolvió las cosas que había perdido.

La peor prueba que ha tenido que soportar un ser humano fue la que se le dio al Dios-hombre, el Señor Jesucristo. Inmediatamente después de su bautismo, el Espíritu de Dios lo impulsó al desierto de Judea, para que el diablo lo tentara durante cuarenta días. No tenemos idea de lo que nuestro Señor soportó durante ese tiempo solo en el desierto. Mientras que el primer Adán cayó ante una simple sugerencia seductora, el nuevo Adán soportó todo lo que el infierno pudiera arrojarle. Satanás tentó a Jesús de múltiples maneras, pero Jesús respondió a cada tentación con las Escrituras y así rechazó todos los ataques. Pero la prueba no terminó cuando terminaron los cuarenta días. El diablo finalmente dejó a Jesús, pero Lucas agrega que se fue solo "hasta un momento oportuno" (4:13b). Satanás siguió regresando para tratar de hacer que Jesús tropezara, para tratar de hacerlo caer.

Cuando Jesús instruyó a sus discípulos a orar: "No nos metas en tentación, mas líbranos del mal", estaba hablando por experiencia. Había pasado por un tiempo de prueba a manos de Satanás, así que instruyó a sus discípulos a pedirle al Padre que los librara de los ataques del Diablo. Estaba enseñando a sus seguidores a orar: "Oh Señor, no nos expongas al lugar de la tentación donde vamos a ser asaltados por el poder de Satanás, sino protégenos de sus dardos de fuego. Coloca un cerco a nuestro alrededor. Sé nuestro escudo". Debemos orar todos los días por liberación, no en el sentido de exorcismo demoníaco, sino en el sentido de protección contra los ataques de Satanás.

Ninguno de nosotros ha sido probado como Abraham, como Adán y Eva, como Job o como nuestro Señor. Sin embargo, la historia de la iglesia está repleta de ejemplos de cristianos que han sido puestos a prueba, incluso hasta el punto del martirio. Podemos encontrar muchos ejemplos de cómo Dios llama a los creyentes a soportar lo peor y luego les da la gracia para soportarlo. Por ejemplo, en el siglo II, Policarpo, el anciano obispo de Esmirna, fue puesto bajo custodia romana y se le dijo que debía renunciar a Cristo o sería asesinado. Policarpo respondió: "Ochenta y seis años lo he servido y nunca me ha hecho daño. ¿Cómo puedo blasfemar contra mi Rey, que me salvó?" Fue martirizado unos momentos después. Del mismo modo, los obispos Hugh Latimer y Nicholas Ridley fueron quemados en la hoguera durante las persecuciones de la "Sangrienta" Reina María por enseñar la justificación solo por la fe. Mientras se encendía el fuego, Latimer gritó: "Tenga ánimo, maestro Ridley, y sea un hombre. Hoy encenderemos en Inglaterra, por la gracia de Dios, una vela tal que, confío, nunca se apagará". Así ha sido a lo largo de los siglos, a medida que los cristianos han pasado por pruebas profundas.

Nosotros las acusaciones del diablo

Estamos familiarizados con el papel de Satanás como tentador, y ese es ciertamente su oficio. Pero si algo es su sello distintivo en términos de la obra que realiza en la vida del cristiano, no es tanto la obra de tentación como la obra de acusación. Satanás busca hacer todo lo posible para paralizar a los creyentes con una culpa no resuelta. En ese sentido, se opone directamente a la verdad de Dios, que, por supuesto, ha sido su papel desde el principio. Desde el Edén, Satanás ha estado contradiciendo lo que Dios dice.

Dios hace una promesa sencilla pero profunda a los cristianos: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Cuando un hijo de Dios confiesa su pecado, Dios lo perdona; es así de sencillo. Pero tan pronto como Dios dice que el creyente está perdonado, Satanás aparece y dice: “Oh, no, no lo estás. Sigues siendo culpable”. Cuando un cristiano lo escucha, se siente agobiado por una carga paralizante de culpa. Esa culpa, a su vez, le roba al creyente su seguridad de salvación.

Pablo aborda este problema cuando escribe, casi triunfalmente: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará?” (Rom. 8:33-34a). Dios nos ha justificado sobre la base de la justicia de Cristo. Por eso, cuando Satanás nos acusa, debemos responder: “Sí, Satanás, he pecado, pero ahora mi culpa está cubierta y mi pecado ha sido lavado. ¡Vete!”

Pedro se refirió a Satanás como el “adversario” del creyente (1 Pedro 5:8). Pero se nos asegura que si “resistimos al diablo... huirá” (Santiago 4:7), y la oración es un arma clave en nuestra resistencia. Martín Lutero es un poderoso ejemplo para nosotros en esto. Lutero tenía una conciencia aguda de la presencia de Satanás. En una ocasión, arrojó su tintero al otro lado de la habitación, diciendo que había visto a Satanás allí. Habló del anfechtung, el asalto desenfrenado de Satanás contra él para tratar de hacerlo transigir, caer en la desesperación o negar la fe. En esta lucha, Lutero recurrió a la oración, y se arrodillaba todos los días para rezar el Padrenuestro, específicamente la sexta petición: “No nos metas en tentación, mas líbranos del mal”.

A menudo me pregunto cómo me comportaría si Dios permitiera que me pusieran a prueba severamente. Sinceramente, no lo sé y no quiero tener que averiguarlo. Por eso, a menudo rezo esta petición del Padrenuestro, pidiendo: "Oh Señor, por favor, por favor, mantén ese seto a mi alrededor. No me pongas en ese lugar de prueba. Líbrame del

maligno, que anda como león rugiente, dispuesto a devorar a quien quiera". Ruego por la protección divina contra todas las fuerzas del mal que nos rodean, y creo que esta petición debería estar en los labios de cada creyente todos los días.



TUYO ES EL REINO

Hace poco, mientras me preparaba para predicar un sermón sobre la última frase del Padrenuestro, experimenté una gran consternación. Mi procedimiento normal en la preparación de un sermón es examinar el texto cuidadosamente, examinarlo en griego, examinarlo en latín y luego consultar cuatro o cinco comentarios para ver qué ideas podría obtener de otros que hayan estudiado el texto. Pero mientras estudiaba para este sermón en particular, examiné no menos de diez comentarios y me asombró descubrir que ninguno de ellos incluía más de dos oraciones sobre la conclusión del Padrenuestro. Me quedé atónito por esta falta de atención, porque creo que esta es una de las partes más importantes del Padrenuestro, si no la más importante.

Puedo señalar al menos una razón para esta falta de atención académica: hay un problema textual involucrado. Muchos de los manuscritos antiguos incluyen este final doxológico de la oración, pero algunos no, entre ellos el Códice Vaticano, que es uno de los textos antiguos más importantes. Como resultado, existe una creencia generalizada entre los eruditos de que este final no estaba en la oración original, sino que se agregó muy poco después porque era costumbre entre los judíos concluir sus oraciones con una doxología. Pero incluso los eruditos que están convencidos de que esta línea estaba en la oración original le prestan poca o ninguna atención. En cambio, la tratan como una especie de posdata, una especie de línea descartable que no es tan importante, particularmente a la luz de las peticiones significativas que la preceden.

Uno de los aspectos más hermosos de esta última línea del Padrenuestro, en mi opinión, es que vuelve a poner el foco en Dios. Como vimos en capítulos anteriores, la oración comienza con un fuerte sesgo hacia Dios, como se ve en las peticiones iniciales: “Santificado sea tu nombre”, “Venga tu reino” y “Hágase tu voluntad”. Jesús enseñó a sus discípulos que sus oraciones deben estar centradas en la gloria de Dios, y sólo después de pasar tiempo alabando y adorándolo es que debemos pasar a centrarnos en nuestras

necesidades, a través de peticiones como “Danos hoy nuestro pan de cada día”, “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” y “No nos metas en tentación, mas líbranos del mal”. Pero al final de la oración, Jesús cierra el círculo y el punto central pasa de nosotros a Dios una vez más. La oración termina con estas palabras: “Porque tuyo es el reino y el poder y la gloria por todos los siglos. Amén” (Mateo 6:13b).

'Cosas que son tontas'

Es importante ver que el pronombre que se usa aquí para identificar a Dios, “Tuyo”, está en forma posesiva. Con estas palabras, los creyentes afirman que el reino de los cielos, el poder supremo y la gloria suprema pertenecen exclusivamente a Dios. Así ha sido siempre, así es y así será “por siempre”.

Veamos más de cerca estas tres cosas que Jesús dice que pertenecen a Dios. Primero, debemos reconocer que "el reino" es suyo. Es evidente que el reino de Dios no es mi reino ni tu reino. Es Su reino, Su gobierno soberano. Él reina supremo sobre todas las cosas y Su reino no tendrá fin.

Hace poco, mi periódico local publicó un cuestionario sobre la Revolución Americana y la fundación de los Estados Unidos. El cuestionario sólo tenía diez preguntas, pero una de ellas me molestó mucho. Preguntaba qué tipo de gobierno habían establecido los Padres Fundadores: ¿una oligarquía, una aristocracia, una democracia indirecta o una democracia directa? Leí la pregunta y me pregunté: "¿Por qué no dieron la opción de 'ninguna de las anteriores'?". Los Estados Unidos de América no se fundaron como una democracia, ni directa ni indirecta. Se fundaron como una república, y hay una enorme diferencia entre ambas. Pero el cuestionario también incluía una pregunta sobre los pensadores que influyeron en los redactores de la Declaración de Independencia y de la Constitución de los Estados Unidos. La respuesta mencionaba específicamente al empirista británico John Locke, cuyas ideas, junto con las de Thomas Hobbes y Edmund Burke, tuvieron una gran influencia. La principal contribución de Locke fue en el área del contrato social de gobierno, que establece que las personas deben aceptar ceder algunos derechos al gobierno en beneficio del orden social. Esta teoría sustenta la idea de que la autoridad gubernamental legítima surge del consentimiento de los gobernados. Por esta razón, se dice que Estados Unidos tiene un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

Pero no sucede lo mismo con el reino de Dios. El reino de Dios no es del pueblo, por el pueblo ni para el pueblo. Es un reino gobernado por un Rey, y Dios no gobierna por el consentimiento de sus súbditos, sino por su autoridad soberana. Su reinado se extiende sobre mí, ya sea que vote por Él o no.

'El Dios de todo poder

En segundo lugar, Jesús nos enseña que debemos reconocer en la oración que “el poder” es de Dios. La palabra griega que se traduce como “poder” aquí es *dunamis*. Es la misma palabra de la que proviene la palabra española *dinamita*. Esta línea del Padrenuestro nos recuerda que Dios posee todo el poder en el cielo y en la tierra: poder para crear, poder para salvar y poder para permitir a los creyentes vivir la vida cristiana.

Recientemente recibí una copia de la última biografía de Iain Murray, un relato de la vida de D. Martyn Lloyd-Jones, uno de los más grandes predicadores del siglo XX. En esta biografía, Murray cuenta una historia de la época dorada de la predicación de Lloyd-Jones en Londres. En esa ciudad había tres predicadores de fama mundial en esa época, incluido Lloyd-Jones, y un visitante de Londres se tomó el tiempo de visitar las tres iglesias para escuchar personalmente a cada uno de ellos predicar. Cuando terminó su encuesta, dijo que el primer hombre predicaba el amor de Dios, el segundo predicaba a Jesús y el tercero, Lloyd-Jones, predicaba a Dios. Cuando leí eso, pensé: "Así es como debería ser la predicación".

Murray señala que Lloyd-Jones dijo que no importa cuán disciplinado sea un ministro en la preparación de su sermón, no importa cuán erudito sea, no importa cuánto conocimiento traiga al púlpito, no importa cuán elocuente y persuasivo sea, sin el poder acompañante de Dios el Espíritu Santo, sus sermones son impotentes. Lloyd-Jones tenía toda la razón, y soy muy consciente de eso. Cuando predico, si el Espíritu Santo no lleva la Palabra de Dios al corazón de mis oyentes, estoy completamente indefenso, y lo sé. Es por eso que, al comienzo de cada sermón, pido a Dios el Espíritu Santo que descienda y ayude a los de la congregación. Eso no es solo una declaración formal, es una súplica para mis oyentes. Todos necesitamos el poder del Espíritu Santo para hacernos llegar la verdad de la Palabra de Dios. Al Espíritu Santo a veces se le llama "el poder de Dios", y esa es la misma palabra que Jesús usó en el Padrenuestro, *dunamis*. Él puede tomar la Palabra de Dios y hacerla explotar en el alma de una persona.

Creo que la mayor debilidad de la iglesia hoy en día es que casi nadie cree que Dios deposita su poder en la Biblia. Todos buscan el poder en un programa, en una metodología,

en una técnica, en cualquier cosa y en todo, menos en aquello en lo que Dios lo ha depositado: Su Palabra. Sólo Él tiene el poder de cambiar vidas para la eternidad, y ese poder se centra en las Escrituras.

Gloria a Dios solamente

En tercer lugar, Jesús nos instruye a afirmar en oración que la gloria es legítimamente de Dios. En su gran doxología en Romanos 11, Pablo hace precisamente eso, al declarar: “Porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas; a Él sea la gloria por los siglos” (v. 36). Pablo escribe que todas las cosas son “de” Dios, “por” Dios y “para” Dios, magnificando Su gloria por siempre. Como siervos de Dios, debemos desear que Él sea magnificado sobre todas las cosas, incluso sobre nosotros mismos. Nuestra oración debe ser la de Juan el Bautista: “Es necesario que Él crezca, pero que yo mengüe” (Juan 3:30).

Johann Sebastian Bach tenía por costumbre escribir al pie de cada una de sus composiciones las iniciales «SDG» para recordarse a sí mismo y a todos los que interpretaban sus composiciones que la gloria era sólo de Dios. «SDG», por supuesto, son las siglas de la frase latina Soli Deo gloria, que significa «Gloria sólo a Dios». Bach no escribía simplemente «DG» («Gloria a Dios»); siempre tenía que ser «SDG» («Gloria sólo a Dios»). Eso es lo que afirmamos al final del Padrenuestro. Reconocemos que no tenemos gloria en nosotros, que Dios es glorioso más allá de nuestra capacidad de expresarlo y que nunca se le exige que comparta su gloria con los hombres.

La tentación original en el Edén fue usurpar la gloria de Dios. La serpiente le dijo a Eva: “No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, se os abrirán los ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Gén. 3:4). La mentira de Satanás fue que el hombre participaría de la deidad. Esa mentira sigue circulando hoy en día, tentando a las personas a buscar la gloria máxima. Sí, debemos esforzarnos por ser importantes. Sí, debemos esforzarnos por hacer que nuestras vidas cuenten, pero la gloria pertenece solo a Dios.

Finalmente, ¿cuánto tiempo gobierna Dios su reino? ¿Cuánto dura su posesión de poder omnipotente? ¿En qué momento del futuro comparte su gloria? Jesús responde a todas estas preguntas en esta última línea del Padrenuestro: “Tuyo es el reino, el poder y la gloria por siempre jamás”. La soberanía, la omnipotencia y la gloria de Dios no son cosas temporales. Perdurarán por toda la eternidad. Desde la eternidad hasta la eternidad, Él es Dios. Desde la eternidad hasta la eternidad, es Su reino, Su poder, Su gloria.

El Padre Nuestro concluye con esa palabra sencilla que nos resulta tan familiar, la palabra que usamos para cerrar todas nuestras oraciones pero que rara vez consideramos: Amén. Se trata de una palabra del Antiguo Testamento, derivada del arameo, que significa "verdaderamente" o "así sea". Después de haber orado según las instrucciones de Jesús, decimos "así sea".

En 1 Crónicas 29, siguiendo las instrucciones de David, el pueblo de Israel trajo ofrendas para la construcción del templo. Cuando se recogió esa gran ofrenda, David se puso de pie ante el pueblo, pero no los alabó. En cambio, levantó los ojos al cielo y dijo: «Tuya es, oh Jehová, la grandeza, el poder y la gloria, la victoria y la majestad; porque tuyas son todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres exaltado sobre todo» (v. 11). David atribuyó el reino, el poder y la gloria a Dios. Así debemos hacerlo nosotros, todos los días de nuestra vida.



PREGUNTAS Y RESPUESTAS

EN ESTE ÚLTIMO CAPÍTULO quisiera tocar brevemente otros temas relacionados con la práctica de la oración y, específicamente, con el Padre Nuestro.

En Isaías 38, se nos dice que Dios advirtió al rey Ezequías que estaba a punto de morir. Pero cuando Ezequías oró, Dios le concedió otros quince años de vida. ¿Qué nos enseña este pasaje sobre cómo la oración afecta la providencia de Dios?

Cuando hablamos del gobierno soberano de Dios sobre los asuntos de los hombres, decimos que Dios ha tenido un plan desde la eternidad y ha ordenado todo lo que sucede. Sabemos que esto es verdad porque la Escritura dice que Dios ha declarado el fin desde el principio (Isaías 46:10). Pero también tenemos que recordar que Dios no sólo ordena los fines, sino que también ordena los medios para alcanzar esos fines. Él determina la forma en que se llevan a cabo Sus propósitos. Desde nuestra perspectiva, a veces puede parecer como si Dios cambiara de opinión, y esta historia sobre Ezequías es uno de esos casos. Pero cuando analizamos esta historia a la luz de la enseñanza completa de la Escritura, no sacando conclusiones doctrinales sólo de las narraciones sino también utilizando las porciones didácticas de la Escritura, debemos concluir que Dios no se arrepiente como lo hacen los humanos y no cambia de opinión. Sabemos que era el plan de Dios desde el principio que Ezequías viviera esos quince años adicionales, pero que los ganaría por medio de la oración.

¿Significa esto que cuando Dios envió a Isaías para decirle al rey Ezequías que iba a morir, Dios le estaba exigiendo que profetizara algo que en realidad no iba a suceder? ¿Isaías era un falso profeta porque predijo algo que no sucedió? Isaías trajo una palabra de condenación y juicio inminente, que era el mismo tipo de mensaje que los profetas solían traer. En innumerables ocasiones en el Antiguo Testamento, Dios anuncia que traerá juicio

sobre el pueblo, pero luego el pueblo se arrepiente y Dios no lo hace. Nuevamente, parece que Dios cambia de opinión en estos casos o que el anuncio original del juicio era falso.

A lo largo de los siglos, el cristianismo ortodoxo ha enseñado que tales advertencias de Dios contienen una cláusula condicional implícita. A veces Dios dice: "Si no te arrepientes, sufrirás juicio". Otras veces, simplemente dice: "Sufrirás juicio". Aunque Dios puede no elegir decir explícitamente "Si no te arrepientes", se entiende que Dios siempre tiene el derecho de moderar Su juicio con la gracia. Dios ha dicho: "Tendré misericordia de quien Yo tenga misericordia" (Rom. 9:15), y el "si no te arrepientes" está implícito siempre que Él amenaza con juicio. Así que creo que Ezequías escuchó la condición tácita: "Si no te arrepientes, morirás".

Algunas de las personas que aparecen en los relatos bíblicos parecen negociar con Dios. Por ejemplo, Ezequías le recuerda a Dios lo buen rey que ha sido. ¿Es apropiado orar de esta manera?

Las Escrituras son brutalmente honestas con nosotros, revelando las faltas y los vicios de los santos, así como sus virtudes. Vemos conducta inapropiada incluso en grandes hombres como Abraham, Moisés y David. Por lo tanto, el hecho de que la Biblia nos diga que varios hombres trataron de negociar con Dios no debería comunicarnos que esa es la manera apropiada de tratar con Él. Las Escrituras simplemente revelan esta tendencia humana común, no la aprueban. El hecho es que la gente hace esto todo el tiempo. Me he encontrado tratando de hacer tratos con Dios, diciendo: "Dios, si me das una oportunidad más, haré esto, esto, esto y esto". Dios no escucha ese tipo de oración, porque no estamos en posición de negociar con Él. Intentar hacerlo es insultar Su carácter.

Las Escrituras también contienen ejemplos de personas que casi arremeten contra Dios en oración. ¿Es legítimo quejarse o expresar enojo ante Dios?

En las Escrituras encontramos numerosas referencias a creyentes que se quejan amargamente y casi acusan a Dios de injusticia o dureza. A veces, vemos estos ejemplos y pensamos: "Bueno, si Moisés pudo hacerlo, si Job pudo hacerlo, entonces debe ser mi prerrogativa como cristiano expresar mi amargura y mis quejas".

Pero no sólo debemos fijarnos en las quejas que los santos bíblicos a veces hacen, sino también en las respuestas que Dios da. Tomemos como ejemplo la queja de Job. Mientras Job luchaba con sus aflicciones, le resultaba imposible no quejarse de que Dios permitiera

que alguien tan justo como él sufriera tanto. Sin embargo, al final Dios respondió a las quejas de Job con palabras severas: “¿Quién es éste que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría? Prepárate, pues, como un hombre; yo te preguntaré, y tú me responderás” (Job 38:2-3). ¿Qué dijo Job? ¿Continuó quejándose? No. En cambio, declaró: “He hablado lo que no entendía, cosas demasiado maravillosas para mí, que no entendía... Por eso me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:3b, 6). Fue severamente reprendido por la actitud que expresó hacia Dios. De la misma manera, el profeta Habacuc se quejó amargamente de que Dios no estaba siendo justo al permitir que la maldad pasara desapercibida. Exigió una respuesta de Dios, y cuando Dios se la dio, Habacuc dijo: “Mi cuerpo se estremeció, se estremecieron mis labios a la voz; podredumbre entró en mis huesos, y dentro de mí me estremecí” (Hab. 3:16a).

Es fundamental que entendamos la oración en términos de los requisitos que se encuentran en toda la Biblia. Al considerar el alcance de la enseñanza de la Biblia sobre este tema, podemos concluir que es aceptable llevar todas nuestras preocupaciones a Dios, incluso los asuntos que pueden hacernos sentir frustrados o enojados. Sin embargo, no debemos acercarnos a Dios con un espíritu de queja o enojo contra Él, porque nunca es apropiado acusar a Dios de hacer algo malo.

En este libro, usted señala repetidamente que cuando oramos debemos tener presente quién es Dios y quiénes somos nosotros, que Él es el Creador y nosotros somos las criaturas. Sin embargo, hoy en día parece haber un movimiento significativo en la iglesia evangélica hacia la familiaridad con Dios. ¿Cómo equilibramos la reverencia hacia Dios con el permiso bíblico de dirigirnos a Él como “Abba, Padre”?

Hay una respuesta sencilla a esta pregunta, pero no es nada sencillo ponerla en práctica. Dios se nos revela en las Escrituras como nuestro Padre celestial, y se nos ha concedido el privilegio de dirigirnos a Él como tal. Podemos acercarnos a Dios y hablarle en estos términos de intimidad personal, de manera familiar, porque somos parte de Su familia. Sin embargo, debemos tener presente el resto del carácter de Dios. Siempre debemos recordar que Aquel a quien nos dirigimos como Padre es santo. Desafortunadamente, vivimos en una de las épocas más narcisistas de la historia de la iglesia, de modo que centramos demasiada atención en nosotros mismos y no lo suficiente en la majestad de Dios. Creo que el eclipsamiento y oscurecimiento del carácter de Dios produce la excesiva familiaridad con Dios que vemos en la iglesia, una familiaridad que no es en absoluto apropiada cuando tratamos con el Rey de reyes. Así que la clave, creo, es recordar que podemos hablar con Dios en términos familiares, pero debemos cuidarnos de los términos demasiado familiares.

El Padrenuestro se recita mucho, pero rara vez se lo considera un modelo de oración. En otras palabras, los evangélicos rara vez intentan extraer principios para la oración del Padrenuestro. ¿A qué se debe esto?

Los principios para la oración que encontramos en el Padre Nuestro no son principios oscuros; se encuentran en todo el libro de los Salmos y, de hecho, en todas las Escrituras. Por eso, creo que el mayor problema que tenemos en nuestro tiempo es una grave ignorancia del contenido de las Escrituras. Lamentablemente, esto es cierto incluso entre los evangélicos, que afirman reverenciar la Palabra de Dios y elevar la autoridad de las Escrituras. Simplemente no sabemos lo que hay en la Biblia, por lo que no es sorprendente que no sepamos lo que la Biblia enseña sobre la oración.

Hace algunos años, participé en la revisión de un programa de estudios de seminario. A medida que avanzábamos en ese proceso, me preguntaba constantemente qué era lo que más necesitaban nuestros estudiantes, quienes algún día serían ministros. Había leído que una encuesta había descubierto que el 30 por ciento del tiempo promedio de un ministro se dedica a la administración. Eso es un desastre. No es eso lo que el ministro está llamado a hacer. El ministro está llamado a predicar, enseñar y equipar a los santos para el ministerio. Él debe ser el pastor, el líder espiritual del pueblo. Para hacer eso bien, tiene que conocer la Biblia. Necesitamos pastores que estén capacitados para enseñar la Biblia y que tengan tiempo para enseñar la Biblia. Esa es la única manera de superar esta ignorancia prevaleciente de las Escrituras. Sólo cuando eso suceda, la gente comenzará a comprender los principios de la oración.

¿Cuál es el ministerio del Espíritu Santo con respecto a nuestras oraciones?

Cuando oramos, hablamos como si estuviéramos balbuceando, porque nuestras oraciones son muy inadecuadas e incomprensibles. El Espíritu Santo nos ayuda a orar conforme a la Palabra de Dios. Necesitamos mucho su ayuda y debemos estar muy agradecidos por ella.

APÉNDICE: SI DIOS ES SOBERANO, ¿POR QUÉ ORAR?

¿Cómo se relaciona la SOBERANÍA de Dios con nuestra vida diaria? Entendemos por las Escrituras que Dios es soberano, que gobierna y reina sobre todas las cosas para Su gloria y el bien de Su pueblo. También entendemos, después de haber estudiado el Padre Nuestro a lo largo de este libro, que Dios nos invita a acudir a Él en oración, presentando nuestras peticiones ante Él.

Tan pronto como ponemos juntas estas dos ideas –la soberanía de Dios y las oraciones de su pueblo–, nos topamos con una cuestión teológica muy espinosa. Se plantean objeciones por todos lados. La gente dice: “Un momento. Si Dios es soberano, es decir, si Él ha ordenado cada detalle de lo que está sucediendo en nuestras vidas, no sólo en el presente sino en el futuro, ¿por qué deberíamos molestarnos en orar? Además, puesto que la Biblia nos dice que “todas las cosas cooperan para bien de quienes aman a Dios” (Rom. 8:28), ¿no deberíamos contentarnos con que lo que Dios ha ordenado es lo mejor? ¿No es realmente un ejercicio de futilidad, e incluso de arrogancia, el que nos atrevamos a decirle a Dios lo que necesitamos o lo que nos gustaría que sucediera? Si Él ordena todas las cosas, y lo que Él ordena es lo mejor, ¿qué propósito tiene orarle?”

Juan Calvino analiza brevemente esta cuestión de la utilidad de la oración a la luz de la soberanía de Dios en su Institución de la religión cristiana:

Pero algunos dirán: “¿No sabe Dios, sin vigilancia, cuáles son nuestras dificultades y qué es lo que conviene a nuestro interés, de modo que parece en cierta medida superfluo solicitarle con nuestras oraciones, como si estuviera parpadeando o incluso durmiendo hasta que se despierte al oír nuestra voz?” Los que así argumentan no atienden al fin ni al propósito por el cual el Señor nos enseñó a orar. No era tanto por el bien de Dios, sino por el nuestro. (Libro III, Cap. 20)

Calvino sostiene que la oración nos beneficia más a nosotros que a Dios. Podemos ver esto con bastante facilidad, al menos en lo que respecta a algunos de los elementos de la oración. Consideremos, por ejemplo, los elementos de la adoración y la confesión. La existencia de Dios no depende de nuestras alabanzas. Él puede prescindir de ellas, pero nosotros no. La adoración es necesaria para nuestro crecimiento espiritual. Si queremos

desarrollar una relación íntima con nuestro Padre celestial, es esencial que nos acerquemos a Él con palabras que expresen reverencia, adoración y amor. Al mismo tiempo, es necesario que mencionemos nuestros pecados ante Su trono. Él sabe cuáles son. De hecho, los conoce con más claridad y más exhaustivamente que nosotros. Él no gana nada con que le recitemos nuestros pecados, pero necesitamos ese acto de contrición para el bien de nuestras almas.

El intrincado problema de la relación entre la soberanía de Dios y las oraciones humanas no se presenta en el momento de la adoración y la confesión, sino en el momento de la intercesión y la súplica. Cuando veo a alguien en necesidad y empiezo a orar por esa persona, estoy intercediendo por ella. Ofrezco mis peticiones a Dios en nombre de esa persona, suplicándole que actúe en Su misericordia, que haga algo para cambiar la situación de esa persona. Además, hago lo mismo con mis propias necesidades, tal como las percibo. Sin embargo, el Dios omnisciente ya conoce la situación de cada uno, habiéndola ordenado. Por lo tanto, ¿tienen algún valor estas oraciones? Más fundamentalmente, ¿funcionan estas oraciones? ¿Tienen en última instancia algún impacto en mi vida y en la vida de los demás?

'La eficacia de la oración

Debemos cuidarnos de adoptar una visión fatalista de este asunto de la oración. No podemos permitirnos descartar la oración de nuestra vida simplemente porque parezca que no tiene valor pragmático. Sea que la oración funcione o no, debemos practicarla, simplemente porque Dios mismo nos lo ordena. Incluso una lectura superficial de la Biblia, en particular del Nuevo Testamento, revela un profundo énfasis en la oración, la súplica y la intercesión. Es ineludible que la oración sea una actividad esperada del pueblo de Dios. Además, nuestro Señor mismo es el modelo supremo para nosotros en todas las cosas, y claramente hizo de la oración una gran prioridad en su vida. Nosotros no podemos hacer menos.

Pero también es cierto que las Sagradas Escrituras nos enseñan que la oración sí "funciona" en cierto sentido. Permítanme citar tres ejemplos.

Todos sabemos que el apóstol Pedro declaró con valentía que nunca traicionaría a Jesús, que estaba dispuesto a ir a prisión e incluso a la muerte por su Señor. Pero en lugar de alabar a Pedro por su determinación, Jesús lo reprendió y dijo: "De cierto te digo que

esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces” (Mateo 26:34). El relato de Lucas añade un detalle interesante a este intercambio. Jesús dijo: “Simón, Simón, Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto a mí, confirma a tus hermanos” (Lucas 22:31-32). Jesús advirtió a Pedro que se avecinaba un tiempo de “zarandeo” en su vida, que Satanás lo atacaría. Pero Jesús estaba seguro de que Pedro se alejaría de su pecado y volvería a Jesús. ¿Cómo podía estar seguro de eso? Bueno, Él había orado por Pedro, para que su fe no se tambaleara. Jesús tenía razón: Pedro efectivamente se volvió a Jesús e hizo mucho para fortalecer a los hermanos. La oración de Jesús por Pedro fue eficaz.

No sólo vemos las oraciones de Jesús efectuando cambios en este mundo, también vemos las oraciones de los santos obrando. En los primeros días de la iglesia, Pedro fue arrojado a prisión, pero los creyentes se reunieron para un tiempo de intensa oración por él. Derramaron sus corazones delante de Dios, rogándole que de alguna manera superara la adversidad de la situación y asegurara la liberación de Pedro. Ya saben lo que pasó: mientras estaban envueltos en esta intensa oración, alguien tocó a la puerta. No querían que los molestaran de su tiempo de oración, así que enviaron a la sirvienta a la puerta. Cuando ella fue a la puerta y preguntó quién tocaba, Pedro respondió y la sirvienta reconoció su voz. Llena de alegría, dejó la puerta cerrada y corrió a decirles a los demás que Pedro estaba afuera. Los discípulos se negaron a creerlo hasta que abrieron la puerta y vieron al propio Pedro de pie allí. Dios respondió las oraciones de su pueblo, liberando a Pedro de la prisión con la ayuda de un ángel, pero cuando apareció en la casa donde estaban reunidos los creyentes, estas personas que habían orado tan fervientemente por su liberación se asustaron y quedaron conmocionadas de que Dios realmente hubiera respondido a su oración. Así somos nosotros tan a menudo; cuando Dios responde nuestras oraciones, casi no podemos creerlo.

Pasando a un pasaje didáctico, Santiago anima fuertemente al pueblo de Dios a orar:

¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración. ¿Está alguno alegre? Cante salmos. ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará. Orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho. (Santiago 5:13-18)

Después de estas conmovedoras palabras, que enfatizan fuertemente la eficacia de la oración, Santiago continúa hablando del profeta Elías. Destaca que Elías era un hombre como nosotros, no era un supersanto ni un mago. Sin embargo, sus oraciones fueron

extremadamente poderosas. Oró para que Dios detuviera la lluvia, y no cayó lluvia en absoluto durante tres años y medio. Luego oró para que Dios enviara lluvia, y cayó un torrente.

Teniendo en cuenta estos pasajes de las Escrituras y muchos otros que demuestran claramente que la oración logra cosas, no tenemos la libertad de decir: “Bueno, Dios tiene el control. Él es soberano, inmutable y omnisciente, así que lo que tenga que ser, será. No tiene sentido orar”. Las Escrituras niegan universal y absolutamente esa conclusión. En cambio, afirman que la oración sí produce cambios. Dios, en Su soberanía, responde a nuestras oraciones.

Las leyes “naturales” de Dios

Otros han cuestionado la eficacia de la oración desde una perspectiva más naturalista. Proponen la idea de que vivimos en un mundo que funciona según leyes naturales fijas. En los últimos dos siglos se ha puesto de moda pensar en Dios como el mero Arquitecto y Creador del universo, que lo puso en movimiento y decretó cómo debería funcionar, para luego dar un paso atrás y dejar que funcionara sin su intervención directa. Esta idea es casi como la visión deísta de que Dios hizo el mundo, del mismo modo que un relojero hace un reloj, luego le da cuerda, de modo que ahora funciona por su propio mecanismo. Él mismo no interrumpe, no interfiere, no se inmiscuye en el plano de la historia.

Ese no es el Dios de las Escrituras. El Dios soberano es el Señor de la providencia, que provee diariamente para su pueblo y responde a sus clamores. Las leyes del universo no son principios reguladores fijos, inmutables, abstractos y de naturaleza inerte. Lo que llamamos leyes se refiere simplemente a las operaciones ordinarias y normales mediante las cuales el Dios soberano dirige este planeta. Y ese Dios soberano nunca está a merced de su propia creación. Él es el Dios soberano.

El hecho de que en este mundo funcionen mecanismos complejos no significa que Dios tenga que hacer un milagro inmediato cada vez que oramos por algo. Dios está por encima del mundo y está orquestando cada molécula de ese mundo, todas las llamadas causas naturales, normales y reguladoras. Por lo tanto, Dios es capaz de responder a la oración sin alterar ni interrumpir de ninguna manera el mecanismo natural del planeta.

De hecho, cuando examinamos los milagros de la Biblia, vemos que algunos de ellos se realizan inmediatamente, es decir, sin medios, directamente, mientras que otros milagros se realizan mediatamente, es decir, en virtud de medios intermediarios. Pensemos en la huida de los israelitas de Egipto a través del Mar Rojo. ¿Qué tuvo de milagroso la separación de las aguas del Mar Rojo? No es milagroso que sople un fuerte viento; eso sucede todo el tiempo. Es ciertamente extraordinario, pero no necesariamente milagroso, que el viento sople con tal intensidad que cree un reflujó de agua en el mar. Se sabe que eso ha sucedido sin que se produzca ningún sentido de milagro. Sí, fue extraordinario, pero no necesariamente milagroso.

Lo milagroso de la separación del Mar Rojo fue que sucedió por orden. Moisés extendió su vara y el viento se levantó. El viento sopla todos los días, pero no sopla por orden mía. Puedo ir a la orilla del mar y ordenarle al viento que sople, y nada sucederá. De la misma manera, puedo ordenarle al viento que cese en un día ventoso, y nuevamente mis palabras no tendrán ningún impacto, pero cuando el viento se levantó en el Mar de Galilea, Jesús dijo: "Calla, enmudece", y el viento se detuvo (Marcos 4:39). Eso fue un milagro. Pero en el éxodo tenemos medios. Tenemos agua y tenemos viento. Tenemos la naturaleza operando, pero está operando bajo el poder de la sobrenaturaleza, bajo la orden de Dios en un momento de crisis en la historia personal de los seres humanos. Eso es lo que queremos decir con la intervención providencial especial de Dios para liberar a Su pueblo. Oraron y Dios actuó sin quebrantar una ley de la naturaleza. Él puede romper las leyes de la naturaleza si es necesario, pero no tiene que hacerlo para responder nuestras oraciones.

Las oraciones como medios para alcanzar los fines de Dios

Santiago hace una declaración que es vital para nuestra comprensión práctica de la relación entre la soberanía de Dios y la oración. Es una declaración que me persigue mientras considero esta cuestión. Él dijo: "No tenéis lo que deseáis, porque no pedís" (4:2). No debemos entender la realidad como si Dios estuviera trabajando solo, como si Dios estuviera en el centro del escenario mientras que nosotros somos meros títeres que no tenemos una participación activa en el plan de redención. Eso no es cristianismo ni calvinismo. Es una distorsión. Dios lleva a cabo sus fines soberanos en virtud de medios terrenales y humanos. Este es el concepto teológico de la concurrencia, y funciona tanto en el ámbito de la oración como en las otras áreas que hemos considerado.

¿Qué pensaría usted de un granjero que, cuando llega la primavera, se sienta en su porche en su mecedora, junta las manos y dice: "Bueno, espero que tengamos una gran cosecha este año; espero que sea el plan de Dios darnos cosechas abundantes"? Él no ara el campo. No planta la semilla. No quita las malas hierbas de las hileras. Se sienta allí y espera que Dios le envíe una cosecha del cielo. Así no es como trabaja un granjero. Si un granjero alguna vez intentara "cultivar" de esa manera, creo que está claro lo que sucedería: su beneficio de la mano de Dios sería cero. Estamos llamados a arar nuestros campos. Estamos llamados a plantar y regar. Y este llamado se aplica a nuestras oraciones.

Se ha citado miles de veces que la Biblia dice: "Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos". Por supuesto, eso no es de la Biblia, pero en cierto sentido la idea es correcta. Dios nos llama a trabajar, a arar, a plantar, a leer, a estudiar, a prepararnos. Nosotros hacemos todas estas cosas, pero Él trae el crecimiento. ¿Qué dice Pablo? "Yo planté, Apolos regó, pero Dios ha dado el crecimiento" (1 Corintios 3:6).

En cierto sentido, la oración intercesora, la oración de súplica, es un trabajo. Sin duda, es un placer, pero requiere energía y tiempo. Dios sabe lo que necesitamos antes de que se lo pidamos, pero exige que hagamos el trabajo. Él sabe que necesitamos pan antes de que se lo pidamos, pero exige que hagamos el trabajo de producir los materiales mediante los cuales se nos da nuestro pan. Si carecemos de los beneficios de las manos de Dios en nuestra vida, puede muy bien ser porque no hemos pedido; no hemos hecho el trabajo de suplicarle en oración.

Cumplir promesas en contexto

En este punto, necesito hacer una advertencia. En nuestros días, muchas personas han redescubierto el poder de la oración. Esto es algo bueno; no hay nada más emocionante en la vida cristiana que orar específicamente, expresar un deseo, hacer una petición a Dios y luego ver que Él responde a esa petición de manera específica y clara. Es agradable recibir lo que pedimos en oración, pero el beneficio adicional es la seguridad que obtenemos de que Dios escucha nuestras oraciones y las responde. Sin embargo, algunos llevan esto al extremo y llegan a la conclusión de que la oración es una especie de varita mágica, que si oramos con el sonido correcto, de la manera correcta, con las frases correctas y en la postura correcta, Dios está obligado a responder. La idea parece ser que tenemos la capacidad de obligar a Dios Todopoderoso a hacer por nosotros lo que sea que queramos que Él haga, pero Dios no es un botones celestial que está de guardia cada vez que

presionamos el botón, esperando simplemente para atendernos cada una de nuestras peticiones.

Tal vez respondas que la Biblia parece decir que Dios está dispuesto a darnos prácticamente cualquier cosa que le pidamos. Quizás hayas notado que Jesús dijo: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Mateo 7:7). Quizás recuerdes que Jesús dijo: “Todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mateo 21:22). Incluso podrías notar que Él dijo: “Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos” (Mateo 18:19).

Debemos ser muy cuidadosos al manejar estos versículos, teniendo cuidado de interpretarlos en su contexto. Piénselo: a muchas personas les gustaría ver una cura para el cáncer. Estoy seguro de que podría encontrar al menos unas cuantas personas que estarían de acuerdo conmigo en esto, así que si dos o tres de nosotros nos reuniéramos y estuviéramos de acuerdo en que una cura para el cáncer sería buena, y luego oráramos al respecto, ¿estaría Dios obligado a responder?

Jesús dijo claramente: “Si dos de vosotros se ponen de acuerdo sobre cualquier cosa en la tierra... les será concedida”, pero hizo esta declaración en el contexto de una gran cantidad de información sobre la oración auténtica que ya había dado a sus discípulos. No podemos simplemente llegar a un texto y escoger un versículo sin examinar todas las calificaciones que nuestro Señor dio en su enseñanza completa sobre la oración. Hacerlo es correr el riesgo de terminar con una visión mágica del asunto.

Una de las razones por las que nos vemos arrastrados a la superstición y a las prácticas impías es que somos criaturas del tiempo. Como resultado de ello, estamos ansiosos. No sabemos lo que nos deparará el mañana. Mi primera oración cuando era niño fue: "Ahora me acuesto a dormir. Ruego al Señor que guarde mi alma. Si muero antes de despertar, ruego al Señor que tome mi alma". Esa última frase siempre me asustó, la parte sobre morir antes de despertar. No sabía si iba a morir antes de despertar. En realidad, no ha cambiado mucho desde entonces. No sé lo que traerá esta tarde a mi vida. No sé lo que traerá a mi vida el mañana, la semana que viene o el año que viene, y tú tampoco lo sabes. Vivimos siempre al borde de la eternidad, como criaturas finitas. Y eso nos llena de ansiedad el alma.

¿No es interesante que uno de los negocios más lucrativos en los Estados Unidos de América en el siglo XXI, una época de gran avance educativo, una época de explosión de conocimientos, siga siendo la práctica de la astrología? He dicho muchas veces que podría pedir a mis alumnos de seminario que nombraran las doce tribus de Israel, y me sentiría

muy feliz si pudieran nombrar ocho o nueve. Pero podría pedirles que nombraran los doce signos del zodiaco, y prácticamente todos ellos, si tuvieran suficiente tiempo, podrían nombrar los doce. No creo que eso significara que estuvieran más interesados en la astrología que en la historia bíblica, pero sí sugería que la astrología es un fenómeno muy extendido en nuestra cultura. ¿Por qué? Porque queremos saber el futuro.

No es eso lo que significa vivir en la fe cristiana. Mi mañana y tu mañana están en manos de Dios. Le hacemos nuestras peticiones y confiamos nuestro mañana a su soberanía. Me alegra que mi futuro no esté en manos de las estrellas ni de los adivinos, sino en manos de la voluntad del Dios soberano.

**ÍNDICE DE TEMAS
Y
NOMBRES**

Abraham, 66, 88, 89, 94, 107
Adam, 42, 90, 91, 93, 94
adoption, doctrine of, 19, 20, 23,
24, 27
American Revolution, 40, 99

Bach, Johann Sebastian, 102
blasphemy, 33, 34, 35, 36, 37, 56
“Bloody” Queen Mary, 94
Bosnia, 71
Buber, Martin, 7
Buckingham Palace, 39
Buddhism, 20, 21, 27
Burke, Edmund, 99

Calvin, John, 51, 112
Calvinism, 118
church discipline, 83, 84
Cliburn, Van, 12
Codex Vaticanus, 98
comparative religion, 20, 21

concurrency, doctrine of, 119

Confucianism, 20

David, 12, 45, 67, 80, 103, 107

Debt,

monetary, 75

moral, 75, 76

Deism, 116

Edwards, Jonathan, 61, 79, 81

Elijah, 116

Eve, 42, 90, 91, 94, 102

exodus, the, 18, 36, 70, 118

Founding Fathers, 99

Garden of Eden, 42, 90, 95, 102

Garden of Gethsemane, 3

glorification of believers, 58

God,

as Father, 17, 18, 19, 20, 23,

26, 27, 109

as Judge, 78
as King, 59
disposition, 55
glorification of, 37, 57, 58, 65,
98, 99, 102, 103, 111
holiness of, 31, 36, 41, 64, 79,
81
immutability of, 80, 81, 116
kingdom of, 30, 33, 37, 41, 42,
44, 46, 47, 48, 49, 50, 51,
58, 65, 83, 99, 100, 103
omnipotence of, 80, 81, 103
omniscience of, 13, 79, 81, 113
preceptive will of, 55, 57
providence of, 65, 66, 67, 68,
69, 72, 89, 92, 117
sovereign will of, 54, 55
sovereignty of, 41, 54, 56, 57,
60, 80, 103, 111, 112, 113,
116, 118, 122
Guest, John 40

Habakkuk, 108
Herod, 18
Hinduism, 20
Hobbes, Thomas, 99
Holland, 68
Holy Spirit, 4, 5, 19, 27, 93,
101, 110
Houses of Parliament, 39

Institutes of the Christian Religion,

112

Isaac, 66, 88, 89

Isaiah, 105, 106

Islam, 20, 21

James, 87, 88, 115, 116, 118

Jeremias, Joachim, 17, 18, 19

Jesus

mediation of, 79

peripatetic ministry of, 2

prayer life of, 3, 4

Job, 91, 92, 93, 94, 108

John the Baptist, 4, 47, 102

Joseph (husband of Mary), 18

King Hezekiah, 105, 106, 107

Korean War, 71

Last Supper, 59

Latimer, Hugh, 94

Lazarus, 54

Lloyd-Jones, D. Martyn, 100,
101

Locke, John, 99, 100

Luke, 3, 59, 60, 61, 93, 114

Luther, Martin, 95, 96

marriage ceremony, 11

Mars Hill, 23

Mary, 18
Miladin, George, 1, 2
Moses, 66, 107, 108, 118
Mount Sinai, 42
Murray, Iain, 100, 101

New Age thinking, 10

parable of the good Samaritan,
25

Paul, 23, 64, 67, 77, 95, 102,
119

Peter, 55, 95, 114, 115

Pharaoh, 18

Pharisees, 6, 19, 25

Pilate, 45, 48

Polycarp, 94

prayer

as adoration, 31, 33, 63, 64,
112, 113

as confession, 59, 63, 64, 74,
84, 95, 112, 113

as intercession, 113, 114

as supplication, 32, 63, 64,
113, 114, 119

as thanksgiving, 63, 64, 65

boldness in, 59

hypocritical, 5, 6, 9, 12

of Pharisees, 6

pagan, 10, 11, 12

pastoral, 9
petitions, 30, 31
private, 9
rules for, 15
Prince Philip, 39
Psalms
 as collections of prayers, 4–5, 63

Queen Elizabeth, 39

Ridley, Nicholas, 94

Samuel, 42, 43, 44, 45
Sarah, 66
Satan, 88, 90, 91, 92, 93, 94, 95,
 96, 102, 114
Saul, 44
Sermon on the Mount, 5, 69
Shintoism, 20
sin
 as crime, 77, 78
 as enmity, 78, 79
Solomon, 45
South Korea, 71

Ten Commandments, 35

Vietnam, 71
Von Harnack, Adolf, 21, 22, 23, 24

Westminster Shorter Catechism,
 57, 58, 78

ÍNDICE DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Genesis

3, 91

3:1a, 91

3:1b, 91

3:4a, 91

3:4, 102

22, 88

22:2, 66, 89

22:7b, 66

22:8, 66

22:11b–12, 89

22:12–13, 66

Exodus

16:4, 71

16:14, 71

16:31, 71

20:2–3, 42

20:7a, 30

1 Samuel

8:4–5, 43

8:7, 43

8:9b, 43

8:11–18, 44

8:19b, 44

1 Chronicles

29, 103

29:11, 103

Job

1:8b, 92

1:9b–11, 92

1:12, 92

2:3b, 92

2:9, 93

2:10b, 93

13:15a, 93

38:2–3, 108

42:3b, 6, 108

Psalms

2:2–4, 80

37:25, 67

50:10b, 65

139:1–4, 13

139:7–8, 80

Isaiah

38, 105

46:10, 105

Jeremiah

20:7a, 80

31:34b, 81

Hosea

11:1, 18

Habakkuk

3:16a, 108

Matthew

2:15b, 18

6:5–7, 5

6:8, 12

6:9a, 15, 20

6:9b, 30

6:9b–10, 32

6:10b, 54

6:11, 64

6:12, 74

6:13a, 87

6:13b, 98

6:25–34a, 69

7:7, 120

7:9–11, 70

12:36, 80

18:15–17, 83

18:19, 121

18:22, 84

21:22, 120

26:34, 114

28:18, 48

Mark

4:39, 118

14:36, 19

Luke

4:13b, 93

10:11b, 48

10:29, 25
11:1b, 3
11:1c, 4
11:20, 48
22:31–32, 114
22:39–44, 60
22:44, 61

John

1:14, 23
3:30, 102
5:18, 19
15:11b, 58
18:33b–37a, 46

Acts

1:6b, 47
1:7–8, 48
17:28b, 23

1 Corinthians

3:6, 119

Romans

2:5, 77
5:10, 79
8:28, 112
8:29b, 24
8:33–34a, 95
9:15, 107

11:36, 102

Galatians

4:6, 19

Ephesians

2:3, 19

Philippians

3:20a, 49

4:6, 64

1 Timothy

5:8, 67

James

1:13, 88

1:17a, 65

4:2, 118

4:7, 95

5:13–18, 115

1 Peter

5:8, 95

2 Peter

3:9, 55

1 John

1:9, 95

ACERCA DEL AUTOR

El Dr. RC SPROUL es el fundador y presidente de Ligonier Ministries, un ministerio multimedia internacional con sede en Lake Mary, Florida. También se desempeña como ministro principal de predicación y enseñanza en Saint Andrew's en Sanford, Florida.

Durante su distinguida carrera académica, el Dr. Sproul ayudó a capacitar a hombres para el ministerio como profesor en el Seminario Teológico Reformado y más tarde en el Seminario Teológico Knox.

Es autor de más de sesenta libros, entre ellos La santidad de Dios, Elegidos por Dios, ¿Qué es la teología reformada?, La mano invisible, Solo por fe, Un sabor del cielo, Verdades que confesamos y La verdad de la cruz. También se desempeñó como editor general de The Reformation Study Bible y ha escrito varios libros para niños, entre ellos La copa de veneno del príncipe.

El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, viven en Longwood, Florida.

LIBROS QUE VALE LA PENA LEER

Reformation Trust Publishing fue fundada por Ligonier Ministries en 2006 para producir libros que sean fieles a la fe cristiana histórica y las doctrinas recuperadas durante la Reforma Protestante del siglo XVI.

El Dr. RC Sproul, fundador y presidente de Ligonier Ministries, ha articulado la visión detrás del nombre de esta editorial:

"La palabra Reforma define la perspectiva teológica que nos hemos comprometido a difundir en Ligonier Ministries: la recuperación del cristianismo bíblico en el siglo XVI. Queremos producir materiales que sean coherentes y fieles a ella. La confianza implica una especie de fidelidad y la idea de un legado. Buscamos perpetuar una tradición, pero no una tradición de hombres. Nuestro legado, nuestra confianza, es ser fieles a esa tradición".

Convencidos de que un mensaje duradero merece un medio duradero, Reformation Trust se compromete a publicar libros de valor real, utilizando materiales y procesos de alta calidad. Estos libros serán una inversión que perdurará.

Los autores cuyos nombres adornan las portadas de los títulos de Reformation Trust son pastores, eruditos y líderes evangélicos talentosos, hombres y mujeres que son expertos en manejar correctamente la Palabra de Dios, como el Dr. Sproul, el Dr. Joel R. Beeke, el Dr. Sinclair B. Ferguson, el Dr. Michael AG Haykin, la Sra. Susan Hunt, el Dr. Steven J. Lawson, el Reverendo Burk Parsons, el Reverendo Richard D. Phillips, el Dr. RC Sproul Jr. y el Reverendo Jason J. Stellman.

Esperamos que la herencia, la calidad y los autores que respaldan a Reformation Trust hagan de este un sello editorial en el que puede confiar para fortalecer su vida cristiana. Para obtener más información y conocer los títulos existentes y nuevos, visite www.reformationtrust.com.



Reformation Trust

P U B L I S H I N G